
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
1958: OBJETIVO
LUNA
KAREL STERLING

PERSONAJES PRINCIPALES

LESTER LARÜE.—Joven periodista norteamericano, voluntario de la primera expedición lunar.
EVA LACROIX.—Prometida de Lester.
CASH FREEMAN.—Célebre científico descubridor del combustible «selenita».
CARLOS MARTÍN.—Audaz español, campeón automovilista.
NOEL SIMONS.—Delincuente salvado de la cámara de gas.
BILL HAWKINS.—Fracasado escritor y dibujante.
ASSUR IMAC.—Fabuloso personaje descendiente de los antiguos incas.

DEPOSITO LEGAL V.—603.—1958.
PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA - VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

L[image]

ester LaRue no le hizo demasiada gracia el encargo de su director. El era un reportero sensacionalista de primera fila, un hombre que no discutió la orden de arrojarse en paracaídas en el fragor de un combate en Corea para obtener una crónica que emulara las publicadas en el periódico rival; él era un hombre, en fin, que cuando el director del «News & Wolf Report» le encomendó aquel trabajo estuvo a punto de presentarle la dimisión.

Plantado frente a la barraca de feria en que se exhibía «La Sensación de todos los Mundos», con el cigarrillo colgando del labio inferior y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Lester LaRue no se apartaba lo más mínimo del prototipo de periodista norteamericano que la gente conoce a través de las películas. Era ancho de hombros y de elevada estatura; su cabello negro y ondulado enmarcaba un rostro de firmes facciones que sabía sonreír con sarcasmo en unas ocasiones y en otras le abría los corazones de las mujeres.

La barraca que contemplaba se hallaba rodeada de un público infantil y gesticulante; un público del que se desprendía de vez en

cuando algún sujeto con ánimo y calderilla suficientes para dejarse impresionar por el aparatoso verbo del dueño.

A ambos lados de la puerta, ocupando toda la fachada de madera, veíanse infinidad de dibujos y temas futuristas. Imaginarios platillos volantes, hombres voladores con cascos refulgentes, fantásticos seres humanoides y otros mil detalles por el estilo querían dar la impresión de lo que el espectador vería luego en el interior.

—¡Menuda tontería!—exclamó Lester para sus adentros. Y se preguntó de paso para qué quería su jefe un artículo sobre el monstruo denominado «La Sensación de Todos los Mundos». Probablemente el tal monstruo no sería sino un truco como el de la «mujer sin cabeza» o «el hombre mono».

Su indecisión para entrar quedó rota al ver que un hombre de cabello rojo y elegante sobretodo de lana sacaba un ticket para presenciar el fenómeno.

Abriéndose paso entre la multitud se detuvo ante la taquilla. Una hermosísima muchacha rubia le sonrió al tiempo que recogía las monedas de níquel.

—¿Muchos clientes hoy?—preguntó Lester sin prisa para tomar el ticket.

—Así, así—repuso la joven—. Pero a ninguno le costó tanto decidirse para entrar. ¿Creyó que le iban a timar?

Lester enrojeció violentamente. No esperaba en absoluto aquella pregunta a bocajarro. Su gran facilidad para reponerse en tales trances le ayudó para salir airoso.

—En realidad—contestó—, no sabía qué espectáculo contemplar; si el de dentro o el de fuera. ¿No le han dicho a usted nunca que su carrera está en el cine?

La taquillera sonrió hechiceramente. En sus azules ojos había una especie de burla amistosa.

—Me lo han dicho muchas veces, señor; pero no me interesaron los papeles. Y ahora, si quiere hacer el favor de apartarse...

Lester recogió el billete y se hizo a un lado para dejar pasar a una mujer gruesa y estrafalaria que luchaba por mantener el orden de los cinco niños que llevaba. La mujer le miró iracunda.

El mismo individuo que le recogió la entrada le acompañó al interior.

—Tenga la bondad de aguardar un momento—le rogó con amable acento—. Podrá ver la «Sensación» junto con los demás espectadores.

Lester asintió distraído. Respiraba el clásico ambiente húmedo de las casetas que guardan animales y bajo sus pies crujían el aserrín y

las cascarillas de trigo mezclados. En las paredes, iluminadas con bombillas multicolores en batería, había representaciones pictóricas alusivas a las contiendas interestelares del año 2.000. Futurismo barato y copiado de las revistas en boga. Al fondo, a modo de escenario, se destacaba un telón que habría recorrido de parte a parte los Estados de la Unión, si se juzgaba por los parches y remiendos que lo cubrían.

Mientras esperaba que el telón se levantase se dedicó a examinar superficialmente los diversos objetos decorativos alineados junto a las paredes. Entre ellos le llamó la atención una especie de bólido transparente con multitud de mecanismos en el interior. Su tamaño era aproximadamente el de una persona. Un rótulo con letra redondilla señalaba al artefacto como la primera astronave procedente de otros mundos que aterrizara en la Tierra.

—Curioso, ¿no es cierto?—dijo una voz a su lado.

Lester se giró y vio al hombre del sobretodo. Tenía un rostro inteligente y simpático.

—Sí—concedió Lester—. Realmente curioso. Su fabricación le habrá costado al dueño la friolera de mil dólares por lo menos.

—Quizá lo haya obtenido por ese dinero. Pero a mi juicio vale infinitamente más; tanto que me pregunto si el citado dueño se habrá dado cuenta de lo que tiene aquí.

Lester le miró intrigado. En las facciones del hombre del sobretodo había una expresión enigmática.

—No le comprendo. ¿Qué quiere insinuar? —Lester intuyó que su reportaje no iba a ser tan vulgar como imaginó.

—Permítame que me presente primero; tal vez haya oído usted hablar de mí: soy Cash Freeman, del Departamento de Investigaciones Astronáuticas de Chicago.

Lester abrió tamaños ojos. ¿De modo que aquel hombre era nada menos que Cash Freeman, el inventor del nuevo combustible llamado «selenita»? Se sintió abrumado por una admiración sin límites.

—¡Ya lo creo que he oído hablar de usted! — exclamó tendiéndole su diestra—. Tengo varios artículos escritos sobre la «selenita». En uno de ellos me atreví a esbozar un proyecto sobre la posible circunvalación de la Luna.

—¿Es usted periodista?

—Mi nombre es Lester LaRue y trabajo en la redacción del «News & World Report». Precisamente vine aquí para hacer un reportaje sobre el monstruo.

Freeman sonrió.

—Tanto en su caso como en el mío la curiosidad es profesional. Tengo que advertirle que los científicos somos algo raros, le damos vueltas a la realidad para descubrir lo que muchas veces no existe; en este caso, por ejemplo, debería conformarme con pensar que un caprichoso mecánico fabricó el artefacto con un fin meramente espectacular, propio para impresionar las imaginaciones propensas a la ficción. Sin embargo, yo veo más allá; todos esos dispositivos, bobinas y engranajes me parecen tan maravillosamente ajustados y tan perfectos en su acabado que me hacen dudar. Dicho en otras palabras: no me extrañaría en absoluto que este cohete que estamos viendo se halle en condiciones de ser propulsado al espacio. Otra cosa, además: el proceso de fabricación se sale de los métodos conocidos; la materia empleada, la complejidad de los circuitos de combustión y la forma, incluso, no corresponden a las fórmulas clásicas.

Un hormigueo de excitación se apoderó de Lester. Ya había construido mentalmente su reportaje. La sola inclusión de las declaraciones de Cash Freeman bastaría para que fuese sensacional. A poco que el «monstruo» se prestase para ello, la historia quedaría redondeada.

La caseta se había llenado de gente. El murmullo de expectación ya daba paso a los brotes de la impaciencia.

El individuo que había en la puerta recogiendo los tickets, probablemente el dueño de la atracción, echó las cortinas de la entrada y se metió en el escenario.

Poco después se levantó el telón.

—Señoras y caballeros—-anunció el dueño desde el tablado—; ante todo, muy buenas tardes. Dentro de un minuto van ustedes a tener ocasión de presenciar algo nunca visto, algo de lo que se está hablando mucho a lo largo de estos últimos años, algo que les asombrará. ¡Verán ante ustedes «la Sensación de Todos los Mundos»!... Se trata de un habitante de otro planeta. No hay engaño, señoras y caballeros; es un ser completamente real y está vivo. Yo mismo lo capturé en las selvas del Amazonas. Vean ustedes esta herida—el individuo se abrió la camisa para mostrar una enorme cicatriz que cruzaba su pecho—; me la produjo el monstruo en la terrible lucha que sostuvimos. Su fiereza y potencia son tales que no bastaría para su cautividad una jaula normal como las de los leones, por ejemplo. Algunas de sus características más interesantes son las de que no come ni bebe, ni necesita dormir para descansar. Muchos hombres de ciencia lo han examinado a lo largo del medio año que lleva en mi poder, y todos han afirmado que se trata de un caso excepcional de supervivencia. La sabiduría terrestre es incapaz de hallar explicación al respecto. Y otro tanto sucede con la astronave que todos ustedes

han visto. En ella vino a la Tierra el monstruo. Seguramente les extrañará que yo, un modesto feriante, sea el poseedor de ambas maravillas del Universo. Pero no hay nada de particular en ello, salvo que he hecho valer mis sagrados derechos de posesión. La ciencia ha intentado arrebatármelo, pero yo he luchado con todas mis fuerzas para que la gente de todo el mundo tenga la ocasión de ver esta realidad con que siempre hemos soñado. Solamente a mi muerte, el monstruo y la astronave serán legados a los sabios. Lo digo bien fuerte, para que todos lo sepan: lo mismo que los científicos norteamericanos, rusos, alemanes y franceses retienen para sí el secreto de los satélites artificiales, yo, Mortimer Lacroix, hago uso de mis legítimos derechos para impedir la intromisión en mis propiedades. El mundo entero contemplará al habitante de otro planeta y su astronave. Ustedes mismos lo van a ver ahora…

El individuo se hizo a un lado y el telón que había detrás suyo se descorrió lentamente. Se encendieron infinidad de bombillas produciendo un fantástico efecto de resplandores. Luego se oyó el pesado deslizar de una jaula. Y ésta apareció por un lado del escenario empujada por una hermosa muchacha ataviada con un traje futurista que dejaba al descubierto sus perfectas piernas.

Entre el compacto público se elevó un rumor de admiración. Las personas de la primera fila retrocedieron impresionadas.

Lester sintió un codazo en el costado. Era Cash Freeman.

—¿Qué le parece?—inquirió el científico.

—¡Increíble!—replicó Lester sin mirarle—. A menos que haya truco…

—Puede dar por descontado que no lo hay. Ese monstruo es auténtico.

A través de los gruesos barrotes de la jaula, el «habitante de otro planeta» se mostraba visible en toda su envergadura. Era difícil su comparación con cualquier ser terrestre. Podía calificársele como una mezcla de pulpo y lagarto. Sosteníase sobre cuatro extremidades sin articulaciones óseas, contráctiles como la trompa de un elefante y desiguales en su grosor. El tronco propiamente dicho no existía; si acaso oficiaba como tal una serie de membranas circulares unidas entre sí a modo de madeja y que sustentaba una cabeza horripilante; ésta tenía la forma triangular de las víboras, pero su tamaño alcanzaba las dimensiones humanas. Seis ojos amarillentos, desprovistos de párpados, circundaban la cabeza. Sus órganos auditivos eran dos simples rasgaduras en la escamosa superficie de la piel. Carecía de boca y de nariz. El color del monstruo era terroso, tirando a oscuro y su tamaño, erguido como estaba, se aproximaba al de un gorila medianamente constituido.

—Increíble—repitió Lester—. ¿Qué piensa de esto, señor Freeman?

—Me siento incapaz de pensar. Es demasiado asombroso. Preste atención; ese hombre va a hablar otra vez.

En efecto, el dueño de la caseta adoptó una actitud oratoria.

—El monstruo está vivo, señoras y caballeros—dijo—. Ustedes todavía no lo han visto moverse. Fíjense ahora bien; mi hija, es la única persona en el mundo que puede acariciarlo sin despertar su fiereza. Observen cuando lo toque yo...

El individuo intentó meter su mano entre los barrotes. Su acción duró un segundo apenas. El extraordinario ser se revolvió con escalofriante agilidad y dos de sus extremidades hendieron el aire como látigos de acero. Los ojos de la bestia vibraron durante unos instantes.

Exclamaciones de horror cundieron entre el público. Un niño comenzó a llorar y a decir que quería irse.

—Vean ahora a mi hija—prosiguió el dueño—. Este es otro de los misterios sobrenaturales. La fiereza se troca en domesticidad. No pierdan detalle, señoras y caballeros. La función está a punto de terminar.

La hermosa muchacha rubia con la que antes bromeara Lester en la taquilla metió su mano en la jaula y acarició la cabeza del monstruo. Este no hizo el menor movimiento agresivo.

A continuación se corrió el telón.

* * *

Lester y Cash Freeman tomaron juntos el metro y se apearon en el centro de la ciudad. Estaba anocheciendo cuando se sentaron a tomar un refresco en un kiosco del «Haydn Park».

—Hay algo muy raro en esto—comentó Lester tras encender un cigarrillo—. No entiendo gran cosa de las especies naturales pero me inclino a pensar que nos hallamos ante un ser extraterrestre. Coincide con lo que usted dijo sobre la astronave.

Freeman se abanicó con una revista que extrajo del bolsillo. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, metido en carnes y con exquisito gusto para vestir. Lo cuadrado de su mentón y la energía de su mirada le daban cierto aire militar.

—Ese tal Mortimer habló de sus sagrados derechos de posesión—dijo—. Es completamente ridículo. A poco que nosotros queramos, el monstruo pasará a poder de la ciencia. Y eso es lo que voy a hacer, desde luego.

—Estoy de acuerdo con usted. Lo que sucede es que Mortimer ha tenido la habilidad de presentar su «atracción» en un lugar donde su público se nutre casi exclusivamente de niños y personas carentes de una cultura superior. De este modo obtiene unas ganancias que nadie le puede arrebatar. Mortimer no es un hombre vulgar; he podido colegir que debajo de su rebuscada charlatanería hay algo más. Presentando las cosas de la forma que lo hizo, los espectadores de más edad sonríen y piensan en su magnífica habilidad para el trucaje.

Freeman esbozó un gesto afirmativo.

—-Ya lo advertí. Cuando Mortimer dijo que no había truco, lo que quería en realidad es que la gente pensara que sí lo había.

Lester apuró su refresco.

-—¿Usted cree en las casualidades?—preguntó a Cash Freeman.

—No sé a qué se refiere.

—Es muy sencillo. Nos hallamos en el año 1958; trece satélites artificiales evolucionan alrededor de la Tierra, Norteamérica piensa lanzar su primera astronave a la Luna, usted descubre el carburante ideal para la navegación estelar… Y nos hallamos de pronto con un habitante de otros mundos.

Freeman sonrió de buen humor. Sin embargo, sus pupilas despedían un raro reflejo.

—Me parece que le voy comprendiendo. De otros mundos intentan anticiparse a los acontecimientos. Una misión de exploración, por ejemplo.

—Pero ¿de dónde? Ahí está el quid de la cuestión. Nuestra primera empresa es ir a la Luna; de esto a que podamos ir a Marte o a Venus pasarán diez años por los menos. ¿Por qué ahora, precisamente, tiene que ocurrir?

—Estamos especulando demasiado deprisa. Los periodistas y los científicos tenemos imaginación en exceso. Antes de emitir juicios aventurados debemos esperar a ver lo que sale de aquí.

Lester aplastó la colilla del cigarro en el cenicero. A juzgar por su expresión hubiérase dicho que prefería seguir emitiendo juicios aventurados. Y así lo demostró en sus siguientes palabras.

—Dígame, profesor: ¿no hay ninguna, absolutamente ninguna, probabilidad de que la Luna esté habitada?

Freeman le dirigió una mirada escrutadora.

—Le falta saber mi opinión al respecto para completar el reportaje, ¿no es cierto?

—No le hablo como periodista, señor Freeman—contestó Lester —. Ahora soy un hombre curioso que ha tenido la oportunidad de

conocer al primer científico de América. Si usted quiere que olvide luego nuestra conversación le doy mi palabra de honor de que...

-—-No es necesario — interrumpió Freeman amistosamente—. Es usted libre de publicar lo que quiera, siempre que no falte a la verdad. Voy a contestarle sobre lo que me ha preguntado de la Luna. Teóricamente, es imposible que esté habitada... en su cara visible. Pero ¿conoce usted la hipótesis de Hansen?

—No estoy muy al corriente de las modernas teorías.

Freeman sonrió irónico.

—Pedro Andrés Hansen nació en Dinamarca el año 1795...

CAPÍTULO II

HA DEJADO DE EMITIR SEÑALES EL SATELITE ARTIFICIAL «BERTA». PUDIERA HABER CHOCADO, AFIRMAN LOS CIENTIFICOS ALEMANES QUE LO LANZARON». Bonn, 9.—El destacado hombre de ciencia von Neusser, director del Centro Astrofísico Experimental, ha declarado a los periodistas su pesimismo con respecto a la suerte del primer satélite artificial tripulado por un hombre. Afirma que el «Berta» pudiera haber tenido un choque con uno de los pequeños meteoritos que constantemente caen del espacio exterior a la ionosfera, por la que discurre el satélite, y haber estropeado ese choque los transmisores de radio.

»Pero—añade—hay otras explicaciones de la debilitación de las señales emitidas por el satélite, con inclusión, claro es, de la descarga de las baterías.»

—Este fracaso nos costará algo más que la simple pérdida de tiempo—declaró con acento sombrío Dreifus Long. Jefe del Proyecto del Primer Viaje a la Luna—. Es una maldita casualidad que el «Berta» haya sido el único de los trece satélites que ha fallado. ¿Qué opina usted, Deschamps?

—Que el hombre no está preparado todavía para lanzarse a la gran aventura—contestó—. Estoy persuadido, además, de que los alemanes saben las causas de que el «Berta» haya enmudecido. La precisión de los instrumentos que viajan a bordo del satélite no puede haberse alterado por el choque con un meteorito. El satélite sigue girando, que es lo principal. Por lo tanto, el hombre ha debido morir.

—De un momento a otro recibiremos el informe confidencial de von Neusser — afirmó Dreifus Long—. Dios quiera que no nos reporte un desastre.

Tommy Ascot, ayudante de Long, asintió preocupado.

—Si el hombre ha muerto representaría un golpe fatal al

Proyecto. ¿Quién querría lanzarse al viaje a la Luna dentro de un mes? Probablemente nadie.

Long leyó detenidamente las noticias adjuntas al titular que acababa de leer Ascot.

—Los doce animales que viajan en los respectivos satélites siguen viviendo normalmente ; animales de especies inferiores biológicamente al hombre...

El zumbador de la puerta sonó insistente. Se levantó a abrir Tommy Ascot.

Era uno de los centinelas de la base experimental.

—Un hombre llamado von Neusser acaba de llegar—anunció—. Quiere hablar con el señor Long.

Dreifus se puso en pie inmediatamente al oírlo. Ordenó al centinela que hiciera pasar al sabio alemán. Su mirada se cruzó significativamente con Tommy Ascot.

Al cabo de unos instantes penetró von Neusser en el despacho del científico americano.

Von Neusser representaba unos sesenta años de edad; alto, seco y desgarbado, parecía concentrar toda su vitalidad en su expresión viva y cambiante. En el transcurso de los saludos se mostró brusco y poco ceremonioso.

Tomó asiento frente a Long y al lado de Tommy Ascot.

—He venido a hablar con usted por iniciativa del gobierno de mi país—comenzó en un inglés premioso—. Deben suspender inmediatamente los preparativos para el lanzamiento de la cosmonave a la Luna. Ha ocurrido algo inesperado con nuestro satélite.

Dreifus Long señaló el periódico que había sobre la mesa.

—Acabamos de leerlo en la edición matinal. Precisamente comentaba con mi ayudante, el señor Ascot, que ello representaría algunas dificultades al Proyecto.

—¿Dificultades?—von Neusser sonrió sardónico—. No he venido expresamente desde Alemania para hablarles de dificultades. Los periódicos no han dado sino una referencia inexacta de lo sucedido al «Berta». Hasta dentro de unas horas no se conocerá la verdad en toda su magnitud.

—Me intriga usted, señor Neusser—Dreifus Long se removió inquieto en el asiento—. ¿Acaso se sabe con certeza que el tripulante ha muerto?

Von Neusser sacó una caja de cigarrillos y ofreció a sus interlocutores. Luego encendió uno y exhaló una gran nube de humo que deshizo con la mano.

—Libermman, el tripulante, ha muerto en condiciones horribles—dijo—. Hemos recogido su cadáver esta mañana.

El cuerpo de Long se tensó violentamente. Aquella revelación sobrepasaba con mucho la idea que él tenía sobre las características del satélite germano,

—Dice usted que han podido recuperar el cadáver…—su voz revelaba la estupefacción—. Pero, eso es asombroso.

—A ese respecto no ha fallado el experimento. Se tenía calculado todo para hacer regresar a Libermman a la Tierra en el momento que deseáramos. En cuanto comenzó el silencio de las señales hicimos funcionar el dispositivo catapulta que desprendería la cabina climática de Libermman. Luego, por medio del control-radio, la hicimos llegar a nuestro centro de experimentación. Se hallaba intacta, con todos los mecanismos en orden e inalterada en su estructura externa e interna. Pero Libermman estaba muerto.

—Quizá su organismo no resistiera la falta de gravedad o la aceleración-—objetó Dreifus Long.

—Se trata de algo mucho peor. Libermman era un hombre de robusta complexión; su peso era de noventa kilos y su talla se aproximaba a los dos metros. El cadáver que hallamos tenía las dimensiones y peso de un simio pequeño. Seco, irreconocible, con sólo los huesos y la piel, quemadas las vísceras, Libermman parecía un antropoide momificado.

Una mortal palidez se apoderó de Dreifus y Tommy Ascot. El silencio que sucedió a la declaración de von Neusser estaba preñado de angustia.

—Los rayos cósmicos, tal vez—sugirió Dreifus con un hilo de voz.

Von Neusser meneó negativamente la cabeza.

—Los rayos cósmicos habrían matado también a los demás seres vivientes que tripulan los otros satélites artificiales—replicó—. Confrontadas las características de éstos, el «Berta» superaba en mucho a las realizaciones inglesas, rusas e incluso al «Boomerang» de ustedes. No han sido los rayos cósmicos, señor Dreifus; puede tener la completa seguridad.

—Entonces…

—Lo sucedido es demasiado absurdo para permitirnos emitir un juicio prematuro. Lo que se trata ahora es de evitar que vuelva a suceder hasta que una investigación a fondo nos revele el misterio. La cosmonave de ustedes no debe salir al espacio.

—-No sé si será posible—objetó Dreifus—. Las comprobaciones y preparativos están hechos concienzudamente y el gobierno se ha

gastado muchos millones de dólares. La carrera emprendida por las potencias mundiales no permite detenerse ante un tropiezo cualquiera.

—No es un tropiezo cualquiera—rebatió von Neusser malhumorado—. Es la demostración de que al hombre le está vedado el espacio. Cuando lo de Libermman se sepa públicamente, la reacción de la gente tendrá caracteres de indignación. Recuerde el caso de la perra que iba a bordo del «Sputnik II».

—En este caso, la opinión pública será de interés secundario. Al primer hombre que voló en un avión le llamaron temerario, al primero que se mató, suicida, y al primero que cruzó el Atlántico, héroe. Ha ocurrido siempre en todos los órdenes de la civilización. Es muy lamentable lo de Libermman y concedo que tendrá repercusiones de tipo histérico y sentimental, pero mi gobierno no retrocederá ante ello. ¿No cree usted que es mejor así?

—No sé qué opinar—von Neusser sacudió la ceniza de su cigarrillo—. De todos modos, yo, en nombre del pueblo alemán y representando el sentir humanitario de todo el mundo, haré los posibles para que el experimento no se lleve a cabo. Es suficiente la vida de Libermman para que la carrera se detenga el tiempo necesario a fin de asegurarse la victoria definitiva. Compréndame, señor Dreifus; sobre mi conciencia pesa la vida de un hombre.

—Participo de su responsabilidad, mi querido colega; y en fin, como no soy yo el dado a emitir la sentencia aprobatoria sobre el proyecto, dejaremos la cuestión en el aire. Pero ahora le voy a hacer otra observación. ¿Es imprescindible que la gente, los profanos en la materia, sepan el fracaso del «Berta»?

—Absolutamente imprescindible— afirmó von Neusser gravemente—. La suerte de Libermman debe ser conocida. Ello tal vez evite peores males a la Humanidad.

—¿En qué sentido?

Von Neusser esbozó una sonrisa enigmática.

—Después de que circulen las fotografías del cadáver de Libermman, será difícil reclutar hombres para cualquier expedición extraterrestre. ¿Iría usted a la Luna ahora que sabe lo del «Berta»? Conteste con franqueza; y usted también, señor Ascot. Pónganse la mano en el corazón y denme la respuesta sincera.

Se sucedió un elocuente silencio.

La sonrisa del científico alemán se acentuó.

—Alabo la nobleza de ustedes— declaró—. Temía una respuesta poco satisfactoria. Y eso que no han visto el cadáver de Libermman.

Dreifus Long hizo un signo negativo con la cabeza,

—Mi respuesta no es la de Norteamérica—dijo—. El que yo no sea capaz de sacrificarme por la ciencia no significa nada. Usted sabe perfectamente que podríamos encontrar muchos Libermman con sólo poner un anuncio en los periódicos.

Las facciones de von Neusser compusieron una expresión escéptica.

—Prueben a ponerlo—dijo—. Y se levantó para poner fin a la entrevista.

CAPÍTULO III

L[image]

a teoría de Hansen pasó de moda y fue considerada en su época como una más de las excentricidades científicas. En la actualidad se le presta un singular interés por creerla basada en hechos reales.

Cash Freeman se detuvo para guardarse la revista en el bolsillo y beber un sorbo del refresco. Luego prosiguió su explicación a Lester.

—Aunque para nadie ha constituido un problema la localización en el cielo de la Luna, calcular su órbita ha traído bastantes quebraderos de cabeza. Sin exageraciones se puede afirmar que el satélite, en sus movimientos, sufre todas las perturbaciones posibles. Inútilmente se ha buscado el factor desconocido que influye en dichos movimientos anormales. Y es aquí donde Hansen apuntó la primera posibilidad. Antes de ser astrónomo, Hansen vióse llevado por la celebridad al lograr la exacta medición de un meridiano; pocos años después, en 1825 le fue ofrecida la dirección del observatorio de Seeberg.

»El interés primordial de Hansen se centró en el cómputo de órbitas, dedicando especial atención a la de la Luna. Pasando por alto los detalles y las cifras, le diré que Hansen llegó a la conclusión de que la Luna no es redonda. Su hipótesis fue después explotada en forma literaria por un autor llamado Jerczy von Zulawsky. El título de la novela que éste escribió era «Sobre llanuras de plata». En esta obra se describía cómo dos o tres navíos, cuyas cabinas podían ser utilizadas como vehículos rodados, aterrizaban cerca del hemisferio visible de la Luna y emprendían entonces la larga jornada «sierra abajo» hacia la jungla de las tierras bajas. ¿Qué quería decir con esto Jerczy von Zulawsky? La respuesta se atenía a los puntos exactos de la hipótesis de Hansen. O sea que la otra cara de la Luna es muy diferente de la que podemos ver desde la Tierra, explicándose de este modo la razón del movimiento «libratorio», misterio impenetrable de la Astronomía.

—Creo que le voy comprendiendo—dijo Lester LaRue—; pero ¿en qué estriba la diferencia esencial hipotética entre una y otra cara de la Luna? ¿En su forma o en sus accidentes físicos?

—En su forma, lo cual es aceptable si tenemos en cuenta que muchos planetas y cuerpos celestes no son esferas perfectas ni siquiera esferas. Hansen no pensaba en dilataciones ecuatoriales ni en polos achatados. Pensaba que la Luna tenía una forma parecida a la de las medusas o mejor, a la de los hongos. De ser esto cierto, no sólo se explica las peculiaridades observadas en el movimiento orbital de la Luna, sino que también da nueva claridad a las observaciones efectuadas hasta la fecha. Si el disco lunar visible fuera una enorme meseta montañosa, elevada a alturas estratosféricas, es lógico que las observaciones demuestren la ausencia del aire y del agua. No habría aire que observar, porque la meseta se encontraría por encima mismo

de las capas más densas de la atmósfera lunar. Y tampoco habría agua, porque se habría vertido de la comba miles o millones de años antes. Por lo tanto, ninguna de las observaciones realizadas pueden aplicarse al hemisferio desconocido de la Luna. Es lo mismo que si pretendemos tener un conocimiento aproximado del desierto de Sáhara porque hayamos presenciado un amanecer en la India o en el Cáucaso. Según Hansen, en el otro hemisferio de la Luna hay agua, aire y probablemente vegetación; de donde vamos a parar al razonamiento de que en cualquier sitio que hay vegetación existe la vida animal. Y puestos a divagar en torno a esta bella teoría—Freeman sonrió—, es preciso reconocer que en habiendo animales, algunos de ellos empezarían a devorar a los más débiles, transformándose luego en carnívoros. Y cierto grupo podría llegar a desarrollar su inteligencia y, con el tiempo, convertirse en lo que los antiguos poetas han llamado «selenitas», o sea, habitantes de la Luna.

Lester se acarició la barbilla. Su mirada se había quedado fija en el disco lunar que ahora se ofrecía en todo su esplendor. Al cabo de unos instantes recobró su expresión natural.

—Honradamente, señor Freeman; ¿tiene alguna validez científica la teoría de Hansen?

—Honradamente no le puedo contestar. Hechos que se consideraban irrefutables hasta nuestros días han sido pulverizados por los más recientes descubrimientos. De sobra es sabido que Einstein dio al traste con infinidad de leyes que parecían matemáticas. Pero no se caliente la cabeza, Lester; dentro de un mes Norteamérica arrancará a la Luna sus secretos.

Lester se reclinó en la butaca.

—Un mes que nos va a parecer un siglo. Y a propósito, profesor: ¿qué piensa hacer referente al monstruo de la feria?

—Esta misma noche denunciaré el caso a la Comisión de Asuntos Interplanetarios. Podría dirigirme a la policía metropolitana o al F. B. I., pero creo que ganaré tiempo de la otra forma. Y si nos hallamos ante un caso de suplantación, el ridículo que correré será menor.

—Déjeme una tarjeta suya. Quiero que me tenga al corriente de lo que pase; una exclusiva, como si dijéramos.

Cash Freeman sacó una tarjeta de la cartera y subrayó uno de los dos números de teléfono que llevaba inscritos.

—Llámeme a mi domicilio particular—dijo—. Suelo cenar alrededor de las ocho.

—Tendrá noticias mías mañana — declaró Lester tomando su sombrero para marcharse.

—No sueñe esta noche con la Luna—le advirtió Freeman

jovialmente.

—Seguro que no; el sueño de esta noche lo tengo comprometido con una rubia platino. Algún día se la presentaré, profesor, y entonces olvidará usted todos los monstruos terrestres e interplanetarios.

Aquella noche Lester LaRue trabajó hasta cerca de la madrugada en la redacción de su periódico. Su artículo, cerca de seis pliegos mecanografiados a un espacio, satisfizo al director en grado superlativo.

—¡Magnífica idea la de encajar en el reportaje al profesor Freeman!—exclamó después de leerlo por dos veces—. Es un cuento chino pero la gente da hoy en día supera en tragaderas…

-—No ningún cuento chino — contradijo

Lester amoscado—. Todo lo que he escrito corresponde a la pura verdad. Pregúnteselo a Freeman.

El director, un hombre excesivamente grueso y socarrón por naturaleza, asintió con una serie de rápidas-cabezadas.

—No se ofusque, LaRue—disculpóse—. Me refiero a que la gente se creerá que es un monstruo interplanetario. Usted lo ha visto y lo ha tocado…

—No lo he tocado—volvió a objetar Lester con creciente irritación —. Lo he visto solamente. Es un bicho asqueroso que no admite caricias, si se exceptúan las de la rubia platino.

—A usted le ha gustado la chica—dijo el director con pícaro gesto —. Ya he observado que la describe con un realismo admirable. Usted también se dejaría acariciar por ella ¿verdad?

Lester se puso en pie. Su mirada irradiaba un profundo desdén por todo lo que le rodeaba.

—Cualquier día le escribiré un artículo sobre las causas del reblandecimiento cerebral en los directores de periódicos. Usted me servirá de base para el estudio psicológico. Nos reiremos juntos hasta reventar.

Una risa espontánea y ruidosa sacudió el vientre fláccido del director.

Cuando se calmó preguntó:

—Óigame, Lester, ¿habría hecho el mismo chiste sabiendo que le pensaba aumentar el sueldo veinticinco dólares a la semana? Contésteme con franqueza, sea buen chico.

Lester se quedó súbitamente serio. Con grave gesto se pasó la mano por su ensortijado cabello negro.

—Pienso también escribir otro reportaje sobre la estupidez de los periodistas que han dado un puntapié a la mejor ocasión de comprarse

un automóvil. Le juro que me arrepiento, señor Thomaz. No lo hice por molestarle; el monstruo es auténtico y usted se ha reído de él.

—Si se demostrara que eso es cierto le compraría un «Cadillac» último modelo. Ande y váyase a soñar con esa chica rubia.

Lester no soñó con la chica rubia entre otras razones porque fue a verla personalmente después de salir de la redacción del «News & World Report».

El parque que servía de recinto a la feria, situado en los arrabales norte de Chicago, se hallaba completamente desierto a aquella hora. Tenía un aspecto triste y deprimente en contraste con el bullicio anterior. En algunas casetas se filtraba la luz a través de las ventanas. El vigilante nocturno se paseaba aburrido por los andenes deseando que el día amaneciera.

Lester se cruzó con él encontrándose con una mirada cargada de maliciosa ironía. No hacía falta ser un lince para adivinar la índole de sus sospechas.

«Supongo que no estará enamorado de la chica de Mortimer», se dijo entre divertido y molesto.

Llegó a la caseta en cuestión, hallando aliviado que aún había luz dentro. Llamó con los nudillos.

Le abrió la chica rubia. Un gesto de sorpresa se pintó en sus facciones.

—La función ha terminado—dijo limpiándose los labios con una servilleta. Era evidente que Lester la había sorprendido tomando un refrigerio.

—¿Se acuerda de mí?—preguntó Lester quitándose el sombrero.

—Usted es el que me aseguró que yo tenía una brillante carrera en el cine. Pero creo que se ha equivocado al catalogarme.

Lester estuvo a punto de ruborizarse pero recordó a tiempo que iba a romper una tradición sostenida desde los días de su niñez.

—No me interesa usted—contestó sin ambages—. En realidad al que quiero ver es a su padre. Sólo unos minutos si me lo permite, señorita…

—Eva Lacroix—la joven fijó sus azules ojos en la máquina fotográfica que portaba él—. Mi padre no tendrá inconveniente en recibirle pero no le autorizará a sacar fotografías del interior.

La falta de galantería de Lester, que no fue sino una sana intención de deshacer el equívoco, acentuó la sequedad expresiva de Eva.

—Soy reportero del «News & World Report» y mi nombre es Lester LaRue—se presentó él a su vez—. Con mis fotografías puedo

ayudarles a aumentar la recaudación. Lea el número de mañana y verá cosa buena.

La inquietud arrancó destellos acerados de los ojos de Eva.

—¿Ha... ha escrito usted un reportaje sobre nosotros?—inquirió vacilante.

La voz de Mortimer sonó desde dentro preguntando lo que pasaba. Eva abrió del todo la puerta y dejó pasar al joven.

El dueño de la caseta apareció masticando apresuradamente. Al ver a Lester su expresión se tomó cautelosa.

—¿Qué desea?—preguntó. También su mirada resbaló sobre la cámara fotográfica.

Intervino Eva.

—Le presento a mi padre, señor LaRue; papá, este señor es un periodista que viene a hacerte una interviú.

—Lo siento, señor LaRue—dijo Mortimer—. No me interesa esa clase de publicidad para mi negocio. Debe usted hacerse cargo de que más bien me perjudicaría que otra cosa.

—Está bien—Lester comenzó a darle vueltas al sombrero—. Dejaré a un lado mi profesión y satisfaré mi curiosidad personal. ¿Permite que me siente un momento? Vengo andando desde el centro de la ciudad.

Mortimer le indicó una silla junto a la pequeña mesa en la que aparecían los restos de una cena sobre un inmaculado mantel blanco.

—Para satisfacer su curiosidad mejor haría pagando su entrada mañana—dijo el dueño de la caseta—. Si todos los clientes fueran como usted no sé quién pagaría esta comida.

—No seas muy duro con él, papá—volvió a intervenir Eva—. El señor LaRue pagó su entrada esta tarde.

Lester la miró agradecido. Decididamente era una belleza en toda la acepción de la palabra. Vestida con un sencillo traje color lila que moldeaba a la perfección sus pronunciados contornos, hubiera podido, efectivamente, realizar una espléndida carrera cinematográfica. Lo cual era una lástima que no sucediera, pensó Lester, porque la chica se lo merecía.

—Verá usted—comenzó Lester—: esta mañana me encargaron que hiciera un reportaje sobre su atracción. Ignoro cómo se le ocurrió la idea a mi director, pero el caso es que así fue. Aquí me encontré con el profesor Cash Freeman y entre los dos decidimos que el monstruo era auténtico. Quizá hayamos pecado de crédulos; si quiere reírse de nosotros puede hacerlo sin reparo...

Lester se detuvo bruscamente. Acababa de escuchar a sus espaldas

un sonido raro que tuvo la virtud de producirle escalofríos. Se volvió despacio.

Sintió que el cabello se le erizaba al verse mirado por seis ojos amarillentos desde una distancia de menos de tres yardas. La jaula que contenía al monstruo estaba detrás de él.

—¿Cómo es que antes no lo vi?—preguntó Lester poniendo su silla al lado de Eva para no tener la jaula a sus espaldas. El tono de su voz sonó distinto al habitual.

—«Napoleón» es muy curioso en ocasiones —contestó Eva—. Usted no pudo verle porque había una cortina delante, pero él la descorrió al escuchar su voz.

Aquel era el ruido que había oído, pues, se dijo Lester. Sentíase intranquilo, más que azorado. Le daba la sensación de que su mente estaba siendo objeto de una despiadada exploración por parte del monstruo.

—¿Es inteligente?—preguntó a Mortimer.

—Es un pobre diablo extraído de las aguas del mar. Supongo que usted no se creería la historia que les conté.

Lester sorprendió en las pupilas de Eva un destello de perplejidad.

—¿Quiere decir que es un anfibio?

—Me figuro que sí.

—¡Cómo! ¿No lo sabe?

—No me he preocupado de averiguarlo. Debe ser así cuando resiste perfectamente fuera del agua. ¿Quiere que le cuente cómo lo encontré?

Lester sacó cigarrillos y ofreció a Mortimer y a su hija. Al prender fuego al suyo, su pulso tembló por la excitación.

—Cuénteme la historia verdadera. Le prometo que no publicaré una sola palabra si usted lo desea así.

—Esa es la condición, desde luego—repuso Mortimer—. Si nos descubre usted, el negocio quedará arruinado.

—Puede estar tranquilo a ese respecto—sonrió Lester—. Ya está en prensa un trabajo que les gustará; una magnífica teoría de Freeman y mía relacionando a «Napoleón» con la supuesta habitabilidad de la Luna. De ahora en adelante tendrá usted más parroquianos que nunca.

Si no era pánico lo que Lester leyó en los ojos de Mortimer es que no entendía una palabra de sicología. Pero aquella expresión duró poco porque el padre de Eva la sustituyó por una sonrisa.

—Tendré que estarle agradecido — dijo—. Bueno, le contaré la historia. Hace cosa de dos meses, remontando el curso del Amazonas

en busca de un lugar adecuado para tender una trampa de serpientes, unos indígenas nos hablaron de cierto monstruo que tenía aterrorizada la comarca. Mi hija y yo no le dimos mucha importancia a la cosa. En veinte años que llevo de cazador he escuchado infinidad de leyendas por el estilo que siempre han resultado luego ser falsas. Pero una de las noches, dos semanas después, monté la trampa en una zona pantanosa del lecho del río, cerca de Tambillo Grande. Al retirarla, al amanecer, había capturado a «Napoleón» junto con tres boas gigantescas. Aquel era el monstruo de que me hablaron los indígenas. Creí haber hecho un descubrimiento sensacional, pero más tarde me enteré de que se trataba de un «baluck» corriente en otros ríos de África, sólo que éste era de un tamaño excepcional. Entonces decidí explotarlo por mi cuenta; lo demás, la astronave y los dibujos que usted puede ver, son los detalles para completar el efecto. Eso es todo, señor LaRue.

—¿Es usted cazador?

—Lo he sido hasta hace poco. Mi labor consistía en proveer a los circos de fieras y animales curiosos. Ahora, mi hija y yo, ganamos el mismo dinero con menos riesgo. Cuando se acabe el filón volveremos a la selva.

—No sabe cuánto sentimos desilusionarle, señor LaRue—dijo Eva sonriéndole—. Si no quiere usted dar un patinazo debe darse prisa para retirar el original que ha escrito. Puede llegar a tiempo, aún.

—El reportaje está en prensa—contestó a Eva al cabo de unos segundos. Y enmudeció nuevamente.

Mortimer y su hija permanecieron también en silencio. La embarazosa pausa decidió a Lester a marcharse.

Aquella noche no durmió bien. Horribles pesadillas le asaltaron una detrás de otra. El sol había salido cuando concilio un sueño más tranquilo.

Al despertarse miró el reloj. Eran las tres de la tarde. Se vistió y afeitó perezosamente. El apetito cosquilleábale el estómago de un modo irresistible.

Llamó a su patrona y le rogó que le llevara el periódico. Hojeó el último número del «News & World Reporta» en busca de su artículo pero lo primero que vio fue un titular a tres columnas que le hizo dar un respingo.

«MUERTE DE UN FERIANTE EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS.

Mortimer Lacroix, ex cazador y actualmente propietario de una caseta de feria en la que se exhibía un curioso ejemplar de la fauna marina, fue

descubierto muerto a primeras horas de la madrugada. El cadáver fue hallado por su hija Eva y presentaba un aspecto sumamente extraño. No presentaba heridas de ninguna clase pero su cuerpo aparecía incomprensiblemente reducido y momificado. El monstruo que servía de atracción se ha escapado rompiendo los barrotes de su jaula, no habiéndosele podido localizar hasta el momento de cerrar nuestra edición. La policía se ha negado a facilitar comentario alguno al respecto. El vigilante nocturno de la feria ha manifestado que el asunto tal vez tenga algo que ver con la visita a la caseta de Mortimer Lacroix de un hombre moreno y alto, de unos treinta años de edad, que fue visto por el mencionado vigilante sobre la una y media de la madrugada.

Los lectores encontrarán más amplia información del monstruo en un reportaje de Lester LaRue que publicamos en nuestra página quinta.»

CAPÍTULO IV

Un escalofrío supersticioso recorrió la espina dorsal de Lester al terminar de leer la noticia. Aquello rebasaba los límites de lo inconcebible. ¡Mortimer muerto por el monstruo!... Porque a Lester no le cupo la menor duda de que tal era el suceso. Y le intrigó sobremanera que Eva Lacroix no hubiera hecho declaración alguna con respecto a su visita.

La entrada de su patrona en el cuarto le sacó de sus intrincadas reflexiones.

-—Ha venido una mujer joven buscándole. Parece muy preocupada.

Lester se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¿Es una rubia llamativa?—preguntó innecesariamente porque ya sabía la respuesta.

La patrona asintió con rara expresión.

—Dígale que pase al saloncito...

—Ya está allí.

Lester descolgó la americana de la percha y fue poniéndosela por el pasillo.

Al entrar en el saloncito vio a Eva Lacroix. Esta se levantó al verle. Su rostro estaba mortalmente pálido y tenía ojeras profundas.

—¿Ya se ha enterado?—al hacer la pregunta su voz tembló ligeramente.

—Lo acabo de leer en el periódico—repuso Lester indicándole que tomara asiento—. No sabe cuánto lo lamento, Eva. Estoy horrorizado, se lo aseguro. ¿Todavía no ha descubierto nada la policía?

—Vengo de Jefatura ahora—la tristeza de Eva tenía el temple admirable de la serenidad—. Trabajan de firme sobre las pistas pero en concreto, nada todavía. Además, nunca descubrirán el misterio de la muerte de mi padre. ¡Es demasiado horrible!...

Lester se sintió conmovido.

—Quisiera hacer algo por usted—declaró sinceramente—. Dígame de qué forma puedo ayudarla. No lo tome por cumplido, por favor; ciertamente siento como si yo tuviera parte de culpa en lo sucedido.

Eva le miró abiertamente.

—Ha sido mucha casualidad—las sílabas se desprendieron de su boca con premeditada lentitud—. Que conste que no le culpo de nada, señor LaRue, pero puede que exista alguna relación.

—¿Dio usted mi nombre a la policía? El vigilante de la feria mencionó en su declaración la visita de un hombre a su caseta.

—Di a la policía unas señas falsas para que no le molestaran. Quiero que este asunto quede entre nosotros ya que todo se ha perdido. No sé si me comprenderá.

—No mucho, en verdad. Me gustaría que me lo explicara.

La joven cruzó sus manos sobre el regazo y adoptó una actitud de relajamiento.

—Le relataré lo que ocurrió. Un cuarto de hora después que usted se marchó nos acostamos. Luego, entre sueños, me pareció escuchar ruido de golpes. Un grito me despertó por fin. Sobresaltada, encendí la luz y corrí al lugar donde se acostaba mi padre. Imagínese mi horror al hallar sobre la cama un cuerpo carcomido y reseco que apenas pude reconocer. Creo que me desmayé. Cuando recobré el sentido pude comprobar que no había sufrido ninguna pesadilla. Guiada por un misterioso presentimiento fui a la jaula de «Napoleón»; estaba materialmente destrozada y, lo más inexplicable, vacía... La astronave también había desaparecido. Casi sin poder sostenerme por la angustia y el terror busqué al vigilante y le di cuenta de todo. Después vino la policía...

-—¿Dijo usted la verdad con respecto al monstruo? Quiero decir si les contó lo mismo que a mí.

Eva asintió con un movimiento de cabeza.

—Pensé que sería lo mejor.

—¿El qué es lo mejor?

—Mentirles.

Las cejas de Lester se arquearon en un gesto de perplejidad.

—Entonces la verdad es otra. No capturaron al «baluck» en los pantanos del Amazonas...

—El nombre de «baluck» se lo dio mi padre a usted para desorientarle. En ningún libro de ciencias naturales lo encontrará. El monstruo que le asesinó no es terrestre. Usted y el profesor Freeman estaban en lo cierto.

Brilló la excitación en las pupilas de Lester.

—¿De veras que no me miente usted ahora? —inquirió adelantando instintivamente el torso.

—Mi padre lo capturó en el Amazonas por medio de la trampa que le dijo. Pero muy cerca de él se hallaba la astronave que exhibíamos en la caseta. Incomprensiblemente se prestó con docilidad al cautiverio. Mi padre rebuscó en todos los libros y enciclopedias intentando averiguar la especie a que pertenecía. Su profesión de cazador le facilitó enormemente la tarea, pero, sin embargo, el monstruo quedó sin catalogar. Por último le vino la idea de explotarlo como negocio, contando con la credulidad de los ingenuos y la incredulidad de los listos. Todo fue bien hasta esta noche...

—Debió contarlo a la policía—dijo Lester—. Lo sucedido a su padre puede ocurrirle a muchas personas. Mientras ande suelto el «baluck» existe un enorme peligro.

—La desaparición de la astronave indica su intención de huir de la Tierra—replicó Eva—. Si yo hubiera contado las cosas como son, una de dos: o me hubieran tomado por loca o quizá hubiese sido víctima de la venganza del monstruo.

¿Para qué remover una cuestión que nada bueno nos puede acarrear? Porque usted está incluido en ella... Recuerde su reportaje.

Hasta aquel instante no se dio cuenta Lester de que así era, efectivamente. El era parte integrante del asunto más sensacional del siglo. Y, tal vez, indirectamente responsable de él.

—Según la policía ¿qué causa motivó la muerte de su padre?—era una pregunta que le ardía en la lengua desde el principio de la entrevista.

Eva se encogió de hombros.

—Está completamente desorientada—replicó. El cadáver muestra señales de hallarse carbonizado... por dentro. Además, ha quedado reducido a unas dimensiones inverosímiles—. Eva realizó un esfuerzo para pronunciar las últimas palabras. Estaba en un tris de sollozar.

Lester le ofreció un cigarrillo.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Contestó ella al cabo de unos segundos. Su voz sonó desprovista de matices.

—Tengo cerca de cinco mil dólares ahorrados. Veré si puedo montar algún pequeño negocio o, en el caso contrario, me emplearé como oficinista. Usted podría ayudarme.

—Cuente con ello—afirmó Lester resueltamente—. ¿Ha trabajado alguna vez en la redacción de un periódico?

Eva hizo un gesto negativo.

—Lo intentaría. Domino bastante bien la mecanografía.

—Hablaré con mi director—Lester sonrió alentándola—.

Precisamente en estos momentos me hallo en condiciones de sacarle lo que me proponga.

—Muchas gracias, señor LaRue—-la joven se levantó y recogió sus guantes—. Cuando pase todo esto le veré de nuevo.

Lester la acompañó hasta la puerta.

Cuando se hubo quedado a solas notó que ya no tenía apetito.

Su reloj señalaba las cuatro de la tarde. Tomó el sombrero y se fue a la redacción del periódico.

Elmer K. Thomaz, su director, hizo algo inaudito cuando él entró en el despacho. Se puso en pie.

—¡Le felicito, LaRue!—fueron sus primeras palabras—. Hoy hemos hecho el milagro de agotar cinco ediciones seguidas. Es usted el mejor periodista del mundo.

Lester se dejó caer cansinamente en la silla.

—Quisiera ser el peor—dijo frotándose la barbilla con un puño—. He venido a decirle que no cuente conmigo para esta noche. Voy a emborracharme hasta reventar…

CAPÍTULO V

L[image]

a ola de terror se extendió a través de las fronteras y sus efectos trascendieron a los lugares más remotos y escondidos. Los nombres de Kraus Libermman y Mortimer Lacroix corrieron de boca en boca, fueron modulados ante todas las emisoras del mundo y aparecieron escritos infinidad de veces en todos los periódicos. Para siempre quedaron unidos en un lazo de muerte y horror. ¡Dos hombres habían muerto víctimas de una conspiración extraterrestre!

Quince días después, la primera astronave creada por el hombre realizaba su vuelo de ensayo. Tripulada únicamente por el piloto automático y guiado por medio de la radio, despegó satisfactoriamente de la base situada en Cabo Cañaveral (Florida) y regresó una hora después, tras haber girado en tomo a la Tierra a una distancia de 3.200 millas y a una velocidad uniforme de 17.623 millas por hora.

El viaje a la Luna, primordial fin de la astronave «Victory», tenía su fecha fijada para el 31 de agosto.

Pero algo muy importante falló en los preparativos. Después de meses y meses de adiestramiento, los cinco hombres que debían componer la tripulación murieron en las mismas extrañas circunstancias que Libermman y Lacroix. Una noche, sus cadáveres,

casi irreconocibles, fueron hallados en sus respectivos lechos del Alojamiento de Pilotos Interplanetarios en White Sands.

Extraordinarias versiones corrieron en torno al asunto. Fueron tantos y tantos los testigos que afirmaron haber visto a los monstruos «baluck» que hubiérase dicho que la Tierra se hallaba invadida por ellos.

Sin embargo el gobierno yanqui estaba dispuesto a llevar a cabo su experimento astronáutico. Y en la fecha fijada, precisamente. Los informes conseguidos por el servicio secreto revelaban que otra nación trabajaba a marchas forzadas para adelantarse a Norteamérica, como hiciera casi un año antes con los satélites artificiales.

Las contrariedades no hicieron mella en los científicos de Cabo Cañaveral. La labor proseguía tenaz y rápida.

Pero tres días antes del 31 de agosto, los trabajos viéronse precisados a suspenderse a causa de un impedimento insuperable: ¡No había tripulación para la «Victory»!

Vanos fueron los intentos realizados para la reclutación de cinco hombres capacitados para la empresa. El pánico era superior a las ansias de triunfo. Fracasó un llamamiento a los científicos de todos los países; nada significó el señuelo de las recompensas ni los galardones honoríficos. Nadie quería ir a la Luna...

Se variaron los planes. No era necesario que fuesen hombres de ciencia los que compusiesen la tripulación. Se pidieron cinco voluntarios sin distinción de sexo ni profesión; cinco personas dispuestas a servir de experimento; cinco cobayos en definitiva. La astronave «Victory» sería guiada por radio desde la Tierra en su viaje de ida y vuelta. Un poderosísimo cerebro electrónico oficiaría de piloto-navegante. La dotación humana solamente tendría que informar con periodicidad sobre lo que ocurriese a lo largo del viaje.

En todos los periódicos del mundo se publicó el anuncio para la reclutación de los cinco tripulantes.

Se presentaron seis: cinco hombres y una mujer.

* * *

Noel Simons fue sacado de su celda para ser conducido a la cámara de gas. Confeso y convicto de asesinato, ni siquiera apeló contra la sentencia para ganar unos meses de vida.

Era un hombre menudo y nervioso que rayaría en los cuarenta años de edad. Vestido con afectada elegancia, nada en su aspecto indicaba que se tratase de un delincuente.

Con paso firme caminó entre sus tres guardianes en dirección al

tosco edificio de piedra en que se hallaba la cámara letal.

Unas yardas antes de llegar a la puerta, donde aguardaban otros policías, se detuvo para pedir un cigarrillo. Su pulso no tembló al encenderlo.

-—Gracias, muchacho—dijo sonriendo al que le dio el cigarrillo —. Es cosa buena eso de la «última voluntad». Me dejaréis que me lo fume hasta la mitad ¿no es cierto?

Antes de que el guardián pudiera contestar, sonó una voz a espaldas del grupo, procedente de la casamata que servía de celda a Simons.

Llegó un hombre corriendo. Era el primer oficial de las prisiones.

—Tengo una buena noticia para usted, Simons —anunció jadeante aún—. ¿Quiere salvar la pelleja?

Con pasmosa serenidad, Noel Simons se llevó el cigarrillo a los labios, aspiró una bocanada de humo y la expelió parsimoniosamente. En sus negros ojos no se apreció el menor signo de agitación.

—Me gustaría vivir unos cuantos años más, desde luego—contestó.

—Se trata do lo siguiente: el gobierno estadounidense ha pedido cinco voluntarios para tripular la astronave «Victory» que irá a la Luna pasado mañana. Usted podría ser uno de ellos y liberarse de la condena. Tengo instrucciones que me autorizan a hacer esta proposición. ¿Acepta, Simons? Usted ya no tiene nada que hacer en este mundo; pruebe a ver si tiene más suerte en la Luna.

Una expresión irónica se reflejó en las afiladas facciones del reo.

—El gobierno es muy generoso—replicó—. Después de aplicarme una condena absurda me hace una oferta más absurda todavía. Desea que su injusticia la pague con un acto heroico. ¿No le da a usted risa, amigo? El negocio es malo, inaceptable; es cambiar una muerte tranquila y sin complicaciones por otra desconocida. A Libermman y Mortimer los achicharraron sin contemplaciones. No me gusta nada la proposición.

—Pero ¿acepta o no?—quiso saber el primer oficial.

—Sí—contestó Simons.

* * *

Cuando Carlos Martín, el célebre corredor español, se estrelló con su bólido en la carrera de Minneapolis, en su destino se trazó una nueva ruta. Al salir del hospital, dos meses después, se encontró con la desagradable sorpresa de que su prometida se había casado con su temible rival en las pistas, Stephen Massimo.

A los veintiocho años, Carlos Martín había llevado a cabo todas las locuras deportivas que un hombre dotado de excepcionales condiciones físicas puede cometer. Su nombre era mundialmente conocido y constituía un símbolo de audacia y destreza.

Últimamente, sin embargo, algo le hizo sentar la cabeza. Y ese algo fue nada menos que la estrella cinematográfica Linda Vera. Esta le exigió a cambio de su promesa de matrimonio la cesación absoluta de las actividades automovilísticas.

—Mi última carrera será la de Minneapolis aseguró él una tarde —. Se hallaban sentados en la terraza de un café de Los Ángeles.

—Y además, no quiero que practiques ningún deporte que ponga en peligro tu vida—-declaró Linda con severidad—. Si volvieses a las andadas me divorciaría de ti inmediatamente.

El español asintió con expresión pensativa. Su rostro moreno y curtido tenía un especial atractivo que no residía en la perfección de las facciones. Su mirada poseía el ardor intenso de una personalidad fogosa y vehemente.

—Es lástima que me pidas eso en este año 1958—dijo él sin apartar la mirada de la columna de humo que surgía de su cigarrillo —. Sólo me faltaba un récord que agregar a mi lista. Otros se me adelantarán; quizá Stephen Massimo...

—¿A qué récord te refieres?

Garlos sonrió mostrando su blanquísima dentadura.

—Me habría gustado ir a la Luna—respondo—. No es precisamente deporte, pero viajar a tales velocidades debe ser maravilloso. Massimo me dijo que se había inscrito para el primer «raid» de pasajeros.

—Tú y Massimo estáis chiflados con la velocidad. Pero para ti ya se ha acabado, querido. A partir de cuando nos casemos guiaré yo siempre nuestro automóvil.

A la semana siguiente Carlos Martín se estrelló y Stephen Massimo ganó la carrera.

Dos meses más tarde, el audaz español leyó en un periódico la noticia de la boda de Linda Vera con su rival. Y un poco más abajo de la reseña, con titulares que abarcaban cinco columnas, vio el anuncio que reclutaba voluntarios para la primera expedición extraterrestre.

Una amplia sonrisa se dibujó en las varoniles facciones de Carlos.

«No me arrebatarás este récord, Stephen», pensó vengativamente.

Bill Hawkins, escritor y dibujante fracasado, rumiaba la desgracia de no tener cien dólares para pagar el mes de su pensión. A sus cuarenta años había conocido toda clase de contrariedades

económicas. Le perdía la fe en sus dotes artísticas. Detrás de un intento de consagración venía una temporada de hambre. Odiaba con toda su alma a aquellos seres inaccesibles que se llamaban editores y despreciaba olímpicamente a quienes, apiadándose de sus necesidades, le ofrecían un trabajo administrativo.

—Daría veinte años de vida por poseer cien millones de dólares—dijo en cierta ocasión a un amigo—. Me volvería la persona más insoportable del mundo y arruinaría a todas las editoriales que boicotean mis trabajos. Te prometo que sí, Dick.

Dick no se mostró impresionado por la bravata de Hawkins. Estaba acostumbrado a oírle en muy parecidos términos todos los finales de mes. Pero en aquella ocasión le hizo una sugerencia.

—Hacen falta voluntarios para ir a la Luna —le dijo—-. Creo que es mañana la fecha escogida por los científicos de Cabo Cañaveral. ¿Por qué no les pides esos cien millones a cambio de tu colaboración? Apostaría a que no te discuten las condiciones.

Los ojos de Bill Hawkins refulgieron codiciosos. De una palmada casi derribó a Dick de su silla.

—¡Has dado en el clavo, chico!—exclamó impulsivo—. Siempre me han salvado tus ideas geniales. Voy a pedirle al gobierno un cheque contra el Banco Nacional por un importe de cien millones de dólares. Tú crees que mi vida valdrá eso ¿verdad?

—Intrínsecamente no vales un centavo—replicó Dick despiadado—, pero quizá aproveches para conejo de Indias. Yo, en tu lugar, no. perdería un instante... si tuviera valor, naturalmente.

Bill Hawkins ocultó su roja cabellera bajo el sombrero y se despidió de su amigo.

Había encontrado la solución económica ideal para arruinar a las editoriales que le boicoteaban.

* * *

Durante todo el tiempo que estuvieron juntos aquella tarde, Lester LaRue notó algo extraño en Eva Lacroix. Ya no era la tristeza habitual en ella, sino una cierta tendencia enigmática en sus palabras y en sus gestos.

Paseaban por uno de los parques de las afueras de Chicago. Cerca de un mes había transcurrido desde que la conociera en aquellas trágicas circunstancias. Y en tan poco tiempo se haría enamorado de ella. Sin embargo, mantuvo ocultos sus sentimientos por dos razones distintas: no era ocasión propicia e ignoraba si Eva le correspondía.

Al regreso de aquel paseo, Lester la acompañó hasta su nueva

residencia en el barrio de La Florida.

—¿Hasta cuándo?—preguntó él reteniéndole la mano—. ¿Le parece bien mañana a la misma hora?

—No sé si volveremos a vernos—contestó con leve sonrisa—-. Por si es la última vez debo darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Ha sido usted muy amable conmigo.

Lester mostró un gesto de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Se marcha? No me dijo usted nada antes...

Eva asintió.

—Mañana abandono los Estados Unidos. Es una decisión irrevocable.

A Lester se le cayó el alma a los pies.

—Pero ¿adónde diablos se va?... Perdóneme, no fue mi intención maldecir. Simplemente es que estoy asombrado. Es una noticia tan inesperada...

Eva retiró su mano de entre las de Lester. Su ademán no fue brusco y estuvo acompañado de una expresión de simpatía.

—No imaginé que usted lo sintiera tanto—declaró ruborizándose levemente—¿De veras lamenta que me marche ?

—¡Claro que sí!—exclamó Lester con vehemencia—. Además, trataré de impedirlo por todos los medios. Lo de su colocación ya está en marcha. Mi director me prometió que la semana entrante habría un puesto para usted.

Eva meneó lentamente la cabeza.

—No se trata de mi colocación; ni siquiera he pensado en ella.

—Muchas gracias—dijo Lester resentido—. ¿Ha encontrado novio, acaso?

—No.

—-¿Entonces? Hable, claro, por favor.

Eva le miró a los ojos.

—Yo me marcho, pero si usted siente algún interés especial por mí, puede acompañarme. Francamente, me daría una gran alegría.

Lester experimentó un cúmulo de sensaciones raras; una tierna emoción, una curiosidad sin límites, un temor inexplicable...

—¿Cuál es su destino?-—preguntó.

—La Luna.

A Lester se le atragantó la saliva. Intentó sonreír...

—Está... está bromeando ¿no es cierto? Je, je... me había dado usted un susto.

—No es ninguna broma—el acento de Eva desmentía cualquier sospecha en tal sentido—. Me he alistado al llamamiento de voluntarios y tengo asignado el número cuatro de las plazas. Así es que voy de todas formas.

—¡Pero qué serie de absurdos está diciendo usted!—el asombro de Lester estaba mezclado con la indignación—. ¡Cómo se le ha ocurrido pensar en semejante disparate!

—Disparate o no, una fuerza superior me lo exige—replicó ella con inalterable decisión—. No es la venganza por lo de mi padre lo que me impulsa; es un homenaje a su memoria. La muerte le vino de los cielos y yo debo explorar esos cielos. No insista, señor LaRue; me sería difícil explicárselo. ¿Quiere usted acompañarme? Creo haber entendido que usted está interesado por mí...

Lester se puso colorado.

—Lo siento—se disculpó—. Creí haberme enamorado de una mujer sensata. Me resta solamente desearle, buena suerte.

Por un instante, la amargura pasó por los azules ojos de la joven. No obstante, su voz sonó normal al despedirse.

—Le repito mi agradecimiento, señor LaRue. Buenas noches...

* * *

El nombre de Cash Freeman figuró en quinto lugar en la lista de los pioneros del espacio. Al científico sólo le inspiraba la curiosidad de saber si el combustible inventado por él daría los resultados apetecidos.

CAPÍTULO VI

D

urante dos horas, los cinco futuros viajeros del espacio fueron aleccionados en sus respectivos cometidos. Labores fáciles de llevar a cabo por los respectivos miembros de la tripulación e incluso susceptibles de relevos.

A Carlos Martín le asignaron el puesto de artillero defensivo; esto es, a su cargo se hallaban el depósito de bombas de hidrógeno, las ametralladoras de a bordo y las portátiles, las piñas de magnesio para efectuar señales desde la Luna y el armamento común de rifles y pistolas automáticas.

Noel Simons, liberado de la cámara de los gases, desempeñaría la labor de médico cirujano, profesión en la que estaba reconocido como una verdadera autoridad.

El escritor y dibujante fracasado Bill Hawkins realizaría los croquis de los paisajes lunares.

El manejo de la emisora y el radar correría a cargo de Eva Lacroix. Esta también oficiaría de cocinera y fotógrafo de la expedición.

Y, finalmente, capitanearía la astronave Cash Freeman. Sus conocimientos de ingeniería electrónica, balística espacial y ciencias físicas le convertían en providencial comodín de la astronave «Victory».

El director-jefe del Centro Experimental y un alto representante del Gobierno dirigieron unas breves frases de aliento y reconocimiento al grupo que iba a abandonar la Tierra. El representante del gobierno hizo entrega de dos banderas, una a Cash Freeman y otra con los colores españoles a Carlos Martín.

—Una vez más los nombres de España y América simbolizarán el descubrimiento y colonización de una nueva tierra—les dijo—. Que

Dios les proteja, amigos.

El personal técnico abandonó las espaciosas salas y las compuertas se cerraron. En el compartimiento adjunto a la cabina de mandos se instalaron los cinco miembros de la dotación. A la señal de una luz roja se tendieron en las literas y procedieron a ajustarse los cinturones de seguridad. La emoción y el nerviosismo de los circunstantes era tal que ninguno osaba pronunciar palabra.

Transcurrieron los minutos. De pronto se oyó la voz de Carlos Martín.

—Ha debido suceder algo—dijo en su inglés extranjerizado—. Ya pasan treinta segundos de la hora fijada.

Desde las literas, todas las miradas se fijaron en el reloj del techo. Efectivamente, las saetas rebasaban un punto marcado en rojo.

Inesperadamente se abrió la compuerta.

—Buenas tardes, señores—saludó una voz varonil—. Perdonen si me he retrasado un poco. Tuve que vencer algunas dificultades para ser el sexto en discordia.

A Eva Lacroix le dio un vuelco el corazón al reconocer el inconfundible acento de Lester LaRue. Desprendiéndose del cinturón se irguió en la litera para mirarle.

Lester le sonrió amistoso.

—¿Qué tal me sienta este traje espacial? —preguntó girando cómicamente sobre sí mismo.

—Maravillosamente, Lester—contestó Eva emocionada—. Es usted un ángel.

—¿No les parece muy pronto para comenzar el idilio?—inquirió Carlos Martín incorporándose también para ver al recién llegado—. Exijo la garantía de que se me conceda una oportunidad. Los derechos adquiridos en la Tierra no tienen ningún valor.

—¡Vaya, pero si es el gran Martín¡—exclamó Lester tendiéndole su diestra—. ¿Recuerda el reportaje que le hice en el hospital?

—Ya lo creo que me acuerdo—contestó Carlos jovial—. Como que estuve a punto de exigirle una indemnización por difamarme. Me acusó usted de falsedad en la cilindrada de mis bólidos…

—Usted tiene una gran afición a exigir. ¿Por qué no ha exigido un traje más elegante que el que lleva puesto?

—Atención—intervino Cash Freeman—. Se ha vuelto a encender la luz roja; sujétense los cinturones.

Lester y Eva obedecieron. Al cabo de sesenta segundos comenzaron a sentirse en la astronave los efectos de una creciente vibración. Los motores acababan de ser puestos en marcha.

Repentinamente, las seis personas se sintieron aplastadas por un enorme peso contra las literas. Una sensación de mareo se apoderó de todas ellas. Duró bastante rato.

Luego pareció restablecerse la normalidad. Sonó un zumbido intermitente. Era la señal para que los tripulantes se quitaran los cinturones.

Se sucedieron momentos cómicos al intentar ponerse en pie. Entre sus compañeros, Noel Simons, el ex recluso, tuvo que ser rescatado del techo adonde había ido a parar por efectos de sus impulsos faltos de gravedad. Una vez los seis pares de zapatos imantados tomaron contacto con el suelo, la escena recobró una aparente naturalidad.

Cash Freeman fue el primero en penetrar en la cabina de mandos. Inmediatamente detrás le siguieron los demás.

El científico tomó asiento en un gran sillón de cuero y apretó las correas en tomo a su cintura.

—Yo haré la primera guardia—anunció—. Usted, Martín, me relevará dentro de dos horas.

Delante de Freeman estaban las palancas de mandos, ahora inmovilizadas por el piloto automático; un poco más a la izquierda, su campo de acción concluía ante el enorme tablero de instrumentos. Infinidad de cuadrantes, agujas inmóviles y oscilantes informaban constantemente de la vida de aquel inmenso organismo que era la nave «Victory».

Adosada al tablero de instrumentos se hallaba la inmensa pantalla de televisión dividida en cuatro sectores, cada uno de los cuales recogía la imagen del espacio exterior por medio de cuatro cámaras instaladas en otros tantos puntos: proa, popa, estribor y babor. Una simple mirada a aquella pantalla bastaba para apreciar la situación de la nave dentro del sistema celeste que recorría.

Los seis tripulantes tenían sus miradas fijas en la pantalla de televisión. Ahora se divisaban claramente los contornos terrestres, los ríos y los mares. Por un lado de la pantalla asomó lentamente el borde de la Tierra destacando en el negro cielo. Algunas exclamaciones partieron del grupo. En aquel instante podía decirse que comenzaba la más grande aventura de todos los siglos.

—¿Cuándo veremos la Luna?—preguntó Eva con voz ronca por la excitación.

Freeman oprimió un botón y acto seguido se iluminó otro de los cuadrados de la pantalla. El disco lunar surgió en toda su magnificencia, limpio de visión y con reflejos de plata en su superficie.

—Ahí la tiene, señorita Lacroix—contestó el científico mirándola sonriente—. Dentro de poco tendremos ocasión de saber si los poetas

tenían razón al glosar sus encantos. ¿Qué misterio será el que nos aguardará allí? ¿Habrá vida, no la habrá?… Como quiera que sea la Luna, estoy seguro de que no nos decepcionará.

—¿Se acuerda, usted, profesor, de aquella tarde en que comentamos las teorías de Hansen? — preguntó Lester—. Era imposible imaginarse que íbamos a comprobarlas personalmente.

—Nunca sabemos lo que nos reserva el destino —contestó Freeman—. Supongo que ninguno de los que aquí estamos llevábamos tal intención viajera.

El transmisor de radio dejó oír una señal anunciadora. Se hizo un silencio expectante.

—Cabo Cañaveral a la escucha—dijo una vos perfectamente audible—. Contesten a la llamada.

—Contesta astronave «Victory»—habló Freeman ante el micrófono—. Audición perfecta. Vuelo sin novedad.

—Comunique estado físico de la tripulación y funcionamiento de los instrumentos.

—Todo marcha bien. Altura 11.600 millas y rumbo «Alfa-Cosmo». ¿Coincide con las mediciones de ustedes?

—Exactamente. Volveremos a establecer comunicación dentro de treinta minutos. ¿Entendido? Cortamos.

—Entendido. Corto.

Cash Freeman cerró la audición. En su semblante se reflejaba la satisfacción.

—Es alentador saber que no nos olvidan en la Tierra—-declaró—. Y ahora que no tenemos nada que hacer ¿qué les parece si participamos en un juego muy divertido para distraer el ocio? En mi juventud, cuando emprendía algún viaje de placer, solía practicarlo algunas veces.

—Esto no es ningún viaje de placer—contestó bruscamente Noel Simón—. Somos ya mayorcitos para jugar a nada.

Todos miraron al ex presidiario con expresión sorprendida.

—¿Qué desea que hagamos, entonces?—inquirió Freeman sin perder la calma.

—Nada. Esperar a que nos llegue la hora de morir.

—-Yo no pienso morir, señor Simons—intervino Carlos. En sus negros ojos había desdén—. Y creo que nadie, excepto usted. ¿Cuál es el juego, profesor?

Freeman les indicó una serie de butacas tapizadas con plástico rojo. Una vez todos sentados hizo girar su sillón para estar de cara a

sus compañeros y no perder de vista el cuadro de mandos.

—En todos los viajes de placer, y éste lo es, no les quepa la menor duda, se suelen reunir varias personas que desde el primer momento son afines por cualquier causa. Y juntos van a todas partes hasta que llega la hora de la despedida. Una buena idea es, cuando se conocen y precisamente para conocerse mejor, el explicar cada uno de los motivos que le impulsaron a hacer el viaje. De esta forma, sin preguntas innecesarias, se van sabiendo los gustos, los detalles de cada personalidad e incluso la posición social de los reunidos. Nos faltan para llegar a la Luna once horas y media. Podemos consumir la mitad de este tiempo en presentarnos mutuamente y almorzar después. Si no les agrada mi idea pueden decirlo con toda franqueza.

Un coro de voces dio la conformidad. Sólo se abstuvo Noel Simons.

—Ande, Simons—dijo Eva—. No sea remilgado. El que más y el que menos tiene ahora mayor curiosidad por saber de nosotros mismos.

—Probablemente, el señor Simons se avergüenza de los motivos que le impulsaron a venir —declaró Martín que no ocultaba la antipatía que sentía.

Simons le miró hostilmente. Sus labios se entreabrieron en torcida mueca de ironía.

—Se equivoca, Martín—contestó—. No me avergüenzo, en absoluto, de nada. ¿Quieren saber por qué estoy aquí?

—En efecto—concedió Freeman—. Usted inaugurará el juego.

—Vine para salvarme de la cámara de gas —dijo Simons cínicamente—. Maté a un hombre en Virginia.

Hubo un silencio expectante, Lester y Bill Hawkins tosieron para disimular su embarazo,

—Hay muchos motivos para matar a un hombre—declaró Freeman para restar importancia a la declaración de Simons.

La sonrisa cínica del Simons se acentuó.

—Mi delito no admite paliativos en la sociedad. En un atraco armado a una joyería se interpuso un policía. Tuve la suerte de matarlo y la desgracia de ser capturado. Ya saben ustedes quien soy y lo que pueden esperar de mí.

-—La regeneración, por supuesto—replicó Freeman—. Cuando vuelva usted de la Luna será un hombre nuevo.

—Si vuelvo procuraré lograr una mayor perfección en el asalto a mano armada. Es gracioso el juego ¿verdad? No se escandalicen por mis palabras, se los ruego.

—Nadie se ha escandalizado—terció Carlos Martín—, Su historia es tan vulgar que no merece el asombro ni el comentario.

—Celebro que así lo considere. Al fin y al cabo mi antiguo oficio y el nuevo no son tan dispares.

—No le comprendo, señor Simons—dijo Bill Hawkins, el escritor—. ¿Qué es lo que ha querido insinuar?

—Es muy sencillo. Supónganse que en la Luna existen esos seres vivientes de que tanto se ha hablado estas últimas semanas. Ellos forman una sociedad, un mundo regido por leyes como las nuestras, un conjunto armónico en el que viven y alientan pasiones perfectamente lícitas. Tienen sus derechos y obligaciones, según algún código elaborado por mentes superiores. Igual que en la Tierra, en suma. Nosotros vamos a invadir sus territorios, a escarbar en sus viviendas, a atemorizarles con nuestras armas, a matar a quien se oponga si lo creemos conveniente. Dicho sin ambages, vamos a cometer el atraco a un mundo desconocido. Podemos alegar para disculparnos que obramos en beneficio de la cultura y que la colonización es exclusiva al hombre, aunque los métodos sean los propios de unas bestias que no conocen de la piedad. ¿Es así o no?

—En lo que a mí respecta, le diré que no pienso violar ninguna ley ni utilizar arma alguna, si no es en defensa propia. Para mí son sagrados los derechos, incluso los de las hormigas.

Simons miró a Freeman con duro desdén.

—No cuente conmigo para una labor pacífica—le contestó—. Si hay habitantes en la Luna y se ponen a tiro les haré bailar la danza de los esquimales. Los odio de antemano.

—Usted está loco de remate—no pudo por menos de decir Carlos—. No comprendo cómo los alienistas no le salvaron de la pena de muerte.

—No les di ocasión. Acepté como buena la condena. A ratos soy filósofo también.

—Continuemos el juego—rogó Eva—. Ahora le toca a usted. Carlos.

—Ya no les hago falta, ¿verdad?—preguntó Simons levantándose.

—¿Adónde va?—quiso saber Freeman.

—A mi litera. Prefiero descansar a escuchar un hato de estupideces.

Simons abandonó la cabina de mandos y cerró la puerta tras de sí.

Los cinco miembros restantes de la tripulación charlaron desvaídamente durante cerca de una llora. Después del incidente con el cínico Simons pareció que el juego había perdido todo su atractivo.

La conexión con la Tierra se efectuó normalmente.

Carlos Martín relevó a Freeman y éste, junto con los demás, salieron del compartimiento para relajar los nervios en las literas respectivas.

Bill Hawkins fue el primero que lo vio. Su exclamación de horror hizo que todos volvieran la vista hacia él una de sus manos señalaba trémula al pie del lavabo.

¡Allí yacía el cadáver retorcido y abrasado de Noel Simons! ¡¡¡Y lo más horripilante era que los irreconocibles restos ocupaban en el suelo un espacio de menos de media yarda!!!

CAPÍTULO VII

Se efectuó una superficial investigación a bordo con el único resultado de agravar los temores y despertar un recelo supersticioso que, si bien cada uno trataba de ocultar, transmitió al ambiente un estado de tensión sobrecogedor.

El desfigurado cadáver de Noel Simons fue lanzado al exterior por medio de una catapulta. Cash Freeman ofició la breve ceremonia fúnebre y luego comunicó la noticia a la Tierra.

Durante varias horas no ocurrió novedad alguna. El silencio entre los pasajeros tornóse abrumador, insoportable. Mirábanse entre sí inquietos, sin atreverse a expresar los respectivos pensamientos.

A Carlos Martín le relevó Bill Hawkins. El español salió de la cabina fumando un cigarrillo. Sus labios estaban contraídos por un rictus de nerviosismo.

—¿Algo nuevo, Martín? — preguntó Cash Freeman desde su litera.

—Los satélites artificiales han desaparecido de la pantalla de radar—contestó aquél—-. Hace un par de minutos aproximadamente.

Todas las miradas se centraron en el español.

—¿Ha comprobado si es algún defecto de registro?—inquirió nuevamente el científico. Su voz tembló ligeramente.

—La observación ha sido confirmada por Justus Donovan, de Cabo Cañaveral, Los satélites se han desintegrado o algo por el estilo. Todos a la misma vez poco más o menos.

—¡Maldición! — exclamó Lester sin poderse contener—. ¡La desgracia nos ha caído encima! ¿Es preciso continuar esta aventura insensata? No conseguiremos sino enloquecer...

—Esta aventura insensata la hemos emprendido voluntariamente — contestó Freeman con cierto tono de amargura—. Por otra parte, no podemos retroceder. ¿Olvida usted que esta nave es conducida desde la Tierra?

Lester bajó la vista.

—Tiene razón — concedió apagadamente —. Pero, de todos

modos, enloqueceremos. Cualquiera de nosotros puede seguir la misma suerte que Noel Simons… y la seguirá si no descubrimos pronto lo que le ocurrió.

—Cállese, Lester. Me está poniendo nerviosa.

El periodista fijó su mirada en Eva. La joven, sentada en su litera, tenía el rostro desencajado y pálido.

—Perdóneme—se excusó Lester—. Creí que sería mejor hablar sin ambages. Mientras el peligro no se conjure debemos discutir nuestras posibilidades de salvación. ¿No opinan ustedes así?

Carlos comenzó a pasear por la estancia. De pronto se detuvo ante la pesada puerta de la cámara refrigeradora.

—La señorita Lacroix tendrá que disculparnos pero estimo que lo de Simons no lo podemos dejar a un lado—dijo de espaldas a los circunstantes—. Dentro de una hora debemos entregarnos al sueño cataléptico para hallarnos descansados a 1a. llegada a la Luna. ¿Quién se atreverá a dormir en estas circunstancias?

—No seré yo—contestó Freeman saliendo de su acostumbrada serenidad—. Sin embargo, hemos registrado toda la nave.

—¿Qué esperábamos encontrar? — preguntó Eva Lacroix.

Lester sonrió sardónico.

—¿De veras que no lo sabe?

—-No. A menos que…

—Ahora lo está acertando—dijo Carlos Martín sin apartar su atención de la cámara acorazada—. La muerte de su padre y la de Simons han sido idénticas. Ello nos conduce a pensar que el asesino es el mismo. ¿Cómo llamaban ustedes al monstruo?

—«Napoleón»…—murmuró Eva con un hilo de voz.

—Pues hay que buscar a «Napoleón» dentro de la astronave. Suena a cosa de risa pero hay que tomarlo muy en serio. ¿Qué dicen ustedes?

Nadie, contestó. Cash Freeman frunció el ceño con expresión pensativa mientras balanceaba uno de sus pies forrados de plomo. Lester LaRue se acariciaba la oreja no menos pensativo y quizá algo incrédulo. Y Eva Lacroix, mortalmente pálida, se mordía los labios, tal vez para contener las exclamaciones de horror dictadas en su interior.

—¿Qué hay en la cámara acorazada?—la voz de Carlos Martín atirantó aún más la tensión.

—Bombas de hidrógeno—replicó Freeman.

Lester se apeó lentamente de la litera y desenfundó su revólver. Una sombra de ironía aleteaba en sus pupilas.

—Lo comprobaremos—dijo con forzada naturalidad.

—Es una solemne tontería.

Se volvieron todos hacia la puerta de la cabina de mandos. Bill Hawkins había abandonado su puesto y se hallaba en el umbral recostado en una de las paredes. Evidentemente había escuchado toda la conversación.

—Estamos poniéndonos nerviosos innecesariamente—declaró Bill, acercándose—. A Simons no le ha matado nadie. Vamos, ese es mi criterio. ¿Cómo es posible que alguien, sea monstruo o no, haya podido penetrar en la astronave burlando las vigilancias establecidas? Es totalmente absurdo, señores. Yo nunca he sido un hombre sensato pero me parece que en esta ocasión soy el único que conserva la cabeza sobre los hombros.

—Lo que usted ha dicho se presta a infinidad de discusiones que no nos llevarían a ningún sitio — contestó Lester—-. Todas las vigilancias que el hombre ha establecido a través de los siglos han sido burladas empleando simplemente la inteligencia. Los atracos a las cajas fuertes de los bancos lo demuestran. Si este ejemplo se aplica a la lucha de inteligencias entre los hombres, ¿qué puede pensarse de una pugna entre seres de distintas naturalezas y de distinta potencialidad mental? La «cosa» o ser viviente que ha hecho de Simons la piltrafa humana que todos hemos visto debe tener tal vez recursos que escapan a nuestras imaginaciones.

—¿Y no cabe dentro de lo posible que Simons haya sido víctima de una enfermedad desconocida?—preguntó Bill sin dar su brazo a torcer.

—Naturalmente que sí—concedió Lester—. Pero ello no es óbice para que yo abra esa puerta y vea lo que hay dentro.

—Y después de esa puerta abrirá otra y después otra; así sucesivamente hasta llegar a la última y nuestros sistemas nerviosos hayan saltado hechos trizas. ¿Usted sabe que la astronave contiene más de cien compartimientos?

—Lo que yo sé es que el registro que hemos efectuado se ha limitado a una exploración de los pasillos y salas acondicionadas. No se obstine, Hawkins; es mejor salir de dudas cuanto antes.

—Permítame que le haga unas cuantas observaciones—el acento de Bill estaba revestido de una excitación contenida a duras penas—. No me opongo a su actitud ni me obstino en futilidades. Solamente hago hincapié en algo que puede representar el éxito o el fracaso de la expedición. Para triunfar es condición indispensable mantener los nervios bien templados, conservar el optimismo y sacudimos de encima el instinto morboso que nos atenaza. Faltan escasamente siete

horas para llegar a la Luna. Yo propongo que observemos el hermoso espectáculo que nos ofrecen las pantallas de televisión, que conectemos con la Tierra, con cualquier emisora que radie programas alegres, que juguemos a las cartas, que ustedes—aquí sonrió Bill—Lester y Carlos, los dos jóvenes de la expedición, hagan el amor a la señorita Lacroix, que en fin, nos distraigamos para reunir las fuerzas necesarias cuando la ruta termine. Esto es lo que yo propongo; tener siempre las manos prestas a sacar los revólveres y una sonrisa en los labios. No abra usted ninguna puerta, Lester...

Las últimas palabras de Hawkins vibraron en el aire como desgarradas por la angustia. Y su sonrisa quedó convertida en grotesca mueca. Avanzando vacilante llegó hasta Lester y apoyó su mano temblorosa en el revólver.

—No abra la puerta, Lester—repitió al borde del histerismo.

La ansiedad se reflejó en todos los rostros. Una intermitente llamada radiofónica pasó completamente desapercibida.

—No está usted en sus cabales, Hawkins. Sufre seguramente los efectos de una sobreexcitación nerviosa. Voy a administrarle un somnífero y cuando usted despierte se encontrará mejor.

Suavemente, Lester apartó a Hawkins. Pero éste se revolvió como si le hubiera picado una víbora.

—¡Les diré la verdad!—exclamó descompuesto—, ¡Abran la puerta de una vez y verán lo que les ocurre!... ¡El monstruo está dentro!... ¡Les atacará como atacó a Simons!... ¡Les fulminará!...

Sin que nadie se pudiera apercibir, Carlos Martín se colocó rápidamente detrás de Hawkins y le atenazó por los sobacos. Su hábil presa inmovilizó al escritor que inútilmente trataba de evadirse.

—¿Cómo sabe usted que el monstruo está dentro?—preguntó Lester con sombría expresión.

—Lo he detectado con el radar interior—contestó Hawkins jadeante—. Compruébelo usted mismo.

Lester corrió a la cabina de mandos seguido por el profesor Freeman. Entre los dos manipularon el detector de compartimientos aplicando dirección de la aguja al número indicador de cámara acorazada. El asombro los paralizó. ¡La aguja oscilaba con rapidísimos impulsos!

—¡Dios santo! ¡Bill tiene razón!... El oscilador señala vida dentro de la cámara.

Freeman asintió a las palabras de Lester.

—Quiso ocultarlo no sabemos para qué—dijo preocupado—. Ahora nos toca enfrentarnos con este nuevo problema.

—Lo que yo me pregunto es cómo el monstruo podría abrir la cámara para asesinar a Simons. Ese es otro problema, Freeman.

Freeman negó con la cabeza.

—Todos los compartimientos, excepto los estancos, están cerrados por simple presión a fin de evitarnos dificultades técnicas. Con sólo empujar las puertas...

—Comprendo—por la medula espinal de Lester corrió un estremecimiento—. Bien, profesor: ¿adelante?

—¡Adelante! — replicó Freeman sacando su revólver.

Salieron de la cabina. Carlos Martín aún sujetaba a Hawkins que ya no oponía resistencia. Eva Lacroix les dirigió una mirada que contenía la más elocuente interrogación.

—Suelte a Hawkins—dijo Lester—. Efectivamente, el asesino de Simons está ahí dentro. Debemos tener mucha calma. Retírense lo más lejos posible, por favor.

—¿Qué va a hacer, Lester? — inquirió Eva con trémula voz.

Un susurro ininteligible brotó de los labios de Hawkins. Estaba plantado en el mismo sitio en que lo liberara Martín y sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas. Su pánico rebasaba los límites de la cordura.

—Voy a abrir la puerta—dijo Lester calmosamente—. Usted Eva y usted Hawkins súbanse al piso superior y acudan sólo cuando les llamemos. Será mejor para todos.

Hawkins cruzó la estancia y cogió del brazo a Eva que se resistía a irse.

—No es culpa mía ser un cobarde—murmuró avergonzado—. Lo siento, Lester. Quisiera ayudarle...

Lester le sonrió.

—Tengo tanto miedo como usted—declaró—. Pero el mío es a la inversa. No puedo resistir la incertidumbre del peligro; prefiero morir pronto a sentirme amenazado por algo que escapa a mi vista y a mi comprensión.

—Estoy de acuerdo con usted —intervino Freeman—. Hay que enfrentarse con lo que sea y pronto.

—-En lo que a mí respecta ardo en deseos de que se abra esa puerta—aseveró Martín con su característica jovialidad—. ¿Lo hace usted o yo?

Lester señaló su pecho con el pulgar.

—Mía fue la idea—replicó. Su mirada alcanzó a ver a Eva y Hawkins que desaparecían por la escalerilla metálica conducente al

piso superior de la nave.

Freeman y Martín se colocaron uno a cada lado de la cámara acorazada, a unos pasos de distancia y con los revólveres en las respectivas diestras.

Lester asió el pomo de la puerta y abrió de golpe.

Expectantes, aguardaron a que alguien o algo saliera de allí. La espera se prolongó durante unos instantes.

Intrigado, Lester se asomó con infinita cautela. A la tenue luz indirecta, el interior de la cámara aparecía vacío. Únicamente, al fondo, veíanse alineadas las doce bombas atómicas de diferentes tamaños que constituían el arsenal de la nave.

A su exclamación de asombro acudieron Martín y Freeman.

—¡No hay nadie!—susurró el español adentrándose en la cámara —. ¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

Lester meneó la cabeza negativamente,

—El indicador radárico no se equivoca jamás. Debemos buscar la explicación por otro lado...

—¡Un momento!—la voz de Martín despertó rápidos ecos en el compartimiento—. Aquí hay algo... Parecen cenizas.

Lester y Freeman se acercaron al lugar indicado por Martín y vieron efectivamente unos residuos incandescentes esparcidos por el suelo. Un olor nauseabundo impregnaba el ambiente haciéndolo casi irrespirable.

—Los escorpiones se destruyen a sí mismos cuando se ven atacados—murmuró Freeman removiendo con el pie las cenizas.

—No sé si lo prefiero así—dijo Lester respirando con alivio—. Nos hemos evitado un mal trago. Lo de Simons podía haberse repetido en uno de nosotros...

—Vamos fuera—decidió Martín sacando un pañuelo para taparse la nariz—. Aquí no se puede respirar.

Hubo comentarios para todos los gustos. Bill Hawkins, avergonzado por su actitud anterior, se mantuvo cerrado en un hermético silencio.

Fue entonces cuando Cash Freeman se dio cuenta de la llamada terrestre.

Al contestar omitió el incidente anterior dando una excusa por la tardanza. La conversación se prolongó durante varios minutos, en el transcurso de los cuales Freeman tomó algunas anotaciones. Luego cerró la conexión y se volvió a sus compañeros.

—La desviación del rumbo de la nave permite ya distinguir parte

de la cara oculta de la Luna —anunció—. El informador terrestre pide datos al respecto. ¿Quiere uno de ustedes encender la tercera pantalla televisora? Por ejemplo, usted, señorita Lacroix. Es muy posible que nos hallemos ante el descubrimiento más sensacional de todos los tiempos.

En medio de una emoción indescriptible, Eva oprimió el conmutador que hacía funcionar la pantalla de estribor.

El asombro les paralizó.

—¡Las teorías de Hansen!—exclamó Lester sintiendo que la cabeza le daba vueltas—. ¡Hay vida en la Luna!…

CAPÍTULO VIII

L[image]

a imagen completa de la Luna quedó reflejada en la pantalla televisora una hora después de la primera llamada terrestre. Aquel aspecto completamente nuevo del satélite, visto de costado y desaparecida su redondez, constituía el mayor fraude cometido con la imaginación humana.

Ahora se recortaba nítidamente en la brillante pantalla, insinuándose incluso las coloraciones de su superficie. Su forma era semejante a la de un hongo o una medusa, siendo la cara visible desde la Tierra lo que pudiera llamarse el círculo de la copa. A partir de dicho círculo, los perfiles disminuían caprichosamente hasta coincidir en una base irregular de inferior diámetro. Una envoltura gaseosa rodeaba la mitad inferior del astro perdiéndose luego conforme se extendía hacia el hemisferio conocido por el hombre.

Otra faceta del satélite desconocida para los cinco asombrados espectadores era la total carencia de accidentes volcánicos. La superficie visible tenía muchos puntos de coincidencia con los paisajes terrestres. Señalábanse sin lugar a dudas pequeños mares, ríos, colinas y depresiones coloreadas por la vegetación. Otras diminutas manchas fosforescentes indicaban la posible existencia de núcleos habitados.

En medio del mayor silencio, Cash Freeman garrapateaba febrilmente en un cuaderno de anotaciones. De vez en cuando consultaba con los gráficos de un tratado de astronomía.

Terminados sus cálculos, Freeman cerró el cuaderno y alzó su vista al grupo que le rodeaba.

—¡Desaparecido el enigma del movimiento «libratorio»!—exclamó con la satisfacción impresa en su rostro—. Lo que denominábamos caprichosas variaciones no son sino el resultado exacto de las oscilaciones por diferencia de densidad y peso en las distintas partes de la Luna. ¿Ha tomado ya las fotografías, señorita Lacroix?

Eva asintió mostrando un grueso carrete envuelto en papel plateado.

—Creo que habrán salido bien—dijo—. ¿Vamos a enviarlas a la Tierra?

—Sí. Démelas y yo mismo haré funcionar el cohete correo. Comuníquelo a la Tierra, señor Martín.

Ensimismado en la contemplación de la pantalla, Lester no se dio cuenta de la proximidad de Eva hasta que sintió una ligera presión en el brazo. Al girarse vio el rostro de la joven sonriéndole emocionada.

—¿Está arrepentido de haber venido?—la pregunta tenía un matiz confidencial.

Lester la cogió del brazo haciéndola salir de la cabina.

—No sé cómo saldremos de ésta pero solamente con lo que he visto me doy por satisfecho—replicó él—. ¿Y usted, Eva?

Un mohín cariñoso se dibujó en los labios de la hermosa muchacha.

—Me siento segura a su lado. Estoy sorprendida también; sinceramente tenía otro concepto de usted. ¿Por qué se decidió a emprender la aventura? Cada uno de nosotros tiene un móvil justificado; pero, ¿y usted?

Lester sonrió.

—Recuerde que me lo pidió — contestó—. ¿Acaso existe otro móvil más poderoso que el de seguir a la mujer que se ama?

Eva desvió la mirada. Sus mejillas se habían teñido de rojo.

—Durante varias noches luché con la indecisión—prosiguió Lester —. Calculé los pros y los contras, me entregué a toda clase de reflexiones y traté de analizar mis propios sentimientos. Ya sabe usted lo que ocurre en estas ocasiones; el cerebro dice que no y el corazón: contrario. Hice caso al corazón.

—¿De veras me ama, Lester?—Eva volvía a mirarle con interés.

—Con toda mi alma. Siempre fue mi anhelo encontrar una mujer como tú para casarme.

—Lester le rodeó la cintura con sus brazos—. Esto es una declaración en regla, querida; sólo falta tu respuesta…

Eva le ofreció sumisa sus labios. El beso fue interrumpido por una tos intencionada. Se volvieron ambos.

—¡Caramba, Lester! Usted no pierde nunca el tiempo. ¿Puedo felicitarles?

—Debe hacerlo, Martín—contestó él—. Eva y yo acabamos de prometemos.

—Mi enhorabuena, pues. Me ha ganado usted por la mano, Lester. Yo ya estaba comenzando a enamorarme. Tendré que resignarme a buscar una selenita que me guste. ¿Un cigarrillo?

Lester aceptó el ofrecimiento. Un instante después se les reunieron Cash Freeman y Bill Hawkins.

—Todo está en regla—anunció Freeman—. De aquí a cinco horas y media arribaremos a la Luna. Les propongo que descansemos hasta ese momento.

Eva se dirigió a un estante y sacó una cajita de píldoras. Repartió

cuatro de éstas e ingirió otra ella.

Un minuto más tarde dormían plácidamente.

Les despertó un fuerte zumbido procedente de la cabina. Freeman fue el primero en acudir. Habían transcurrido cinco horas desde que se iniciara el descanso.

Antes de encender las pantallas televisoras, Freeman contestó a la llamada terrestre. Cambiáronse las consignas y novedades de rigor.

—Mucha atención, Freeman—dijo la ya familiar voz de Justus Donovan, enlace emisor de Cabo Cañaveral—. Van ustedes a aterrizar dentro de veinticinco minutos. Necesitamos que nos informe del punto exacto requerido para hacerlo. Indique la posición topográfica por medio del plano convencional de puntos y también la intensidad de gravitación que ahora experimenta la astronave.

A lo largo de cinco minutos, Freeman trabajó intensamente en su cuaderno de anotaciones verificando continuas consultas con la imagen de la pantalla reflectora. La superficie lunar que ahora se mostraba abarcaba la totalidad del cuadrado. Inmensas manchas verdosas se extendían en derredor de lo que parecía ser una explanada árida. Algunas nubes azules se deslizaban lentamente de norte a sur ocultando en ocasiones toda visión. Antes de facilitar los datos a Justus Donovan, el científico analizó por medio del espectroscopio la naturaleza de las nubes.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios al concluir la tarea.

—La atmósfera es completamente respirable — anunció—. Contiene idénticos elementos que la terrestre y la combinación química ofrece casi la misma proporción.

—¿Quiere decir que no necesitaremos utilizar los yelmos?— preguntó Martín.

—Exactamente. Un poco de silencio ahora —Freeman conectó el radio-emisor—. Astronave «Victory» al habla; atención Donovan… ¿Me escucha?

—Le oigo perfectamente, Freeman—contestó la lejana voz del enlace—. Comuníqueme instrucciones.

—Escogido punto de aterrizaje…—y a continuación Freeman dictó una larga serie de datos numéricos que fueron repetidos minuciosamente por Donovan. El transmisor etérico de puntos y señales funcionó sin interrupción durante cerca de otros cinco minutos.

—Velocidad, 3.500 millas por hora — prosiguió Freeman—; altura, dentro de cinco segundos 900 millas; gravedad, 61,078 por cien; temperatura exterior, -5 grados centígrados; fuerza del aire, siete

octavos medición Rours; visibilidad, noventa y ocho por cien. ¿Falta algún dato, Donovan?

—Sí. Dígame cuál es la anchura de la franja de aterrizaje. Es necesario prevenir el despegue.

Freeman consultó la pantalla.

—Seiscientas cincuenta millas aproximadamente—contestó tras una breve pausa—. Espacio liso y desprovisto de vegetación.

—Nada más, Freeman. Ocupen sus sitios respectivos y usted manténgase a la escucha. De ahora en adelante efectúe las observaciones directamente. Buena suerte.

Freeman se volvió a sus compañeros.

—Ya lo han oído; cada uno a su sitio. Vamos a tocar tierra firme dentro de quince minutos. Todos abandonaron la cabina excepto Lester. —Me quedo a ayudarle—dijo el periodista—. Voy a descorrer el mirador plástico.

Freeman no discutió. Cortó el encendido de la pantalla televisora y acudió junto a Lester.

De pronto una enorme llamarada les cegó. Un estremecimiento sacudió la astronave y el ruido de los motores cesó instantáneamente.

CAPÍTULO IX

Con los motores parados, la astronave «Victory» comenzó a descender muy lentamente, en línea diagonal hacia la vegetación. El misterioso fenómeno no obedecía a causa alguna explicable. A bordo, la confusión imperaba sobre los tripulantes.

Habíanse agrupado en la cabina de mandos, en torno a Cash Freeman que inútilmente trataba de hallar solución al enigma. La circunstancia de que los miembros de la dotación, exceptuando en parte a Freeman, desconocieran totalmente el complejo sistema de navegación hacía que se sintieran impotentes ante el problema. Atados de pies y manos les cabía únicamente esperar al desenlace.

Todos los mecanismos indicadores del cuadro de mandos estaban paralizados; las agujas no oscilaban y las luces permanecían apagadas.

Freeman estableció comunicación con Justus Donovan, del Cabo Cañaveral. La voz del operador terrestre sonó excitada a través del altavoz. Con palabras atropelladas informó que la astronave no obedecía al control de larga distancia y que se había salido de la ruta señalada por los técnicos. Pedía asimismo una información de lo sucedido.

Freeman hizo un relato conciso solicitando que no cortaran la

conexión.

—Nos aproximamos a la vegetación—siguió diciendo a Donovan —. La velocidad de la astronave es muy lenta, casi inapreciable. Ahora planeamos sobre el final del territorio árido. No se observan signos de vida animal. El sol se halla sobre nuestro cénit y los relojes señalan las nueve horas y treinta y un minutos. No se retiren de la escucha. Seguiremos dándoles noticias.

Freeman se giró hacia sus compañeros.

—Dentro de unos minutos habremos llegado a algún sitio de la Luna—declaró—. Es necesario ponernos los equipos climáticos y prepararnos para salir de la astronave. Usted, Lester, encárguese del emisor portátil.

—¿Qué armamento cogemos? — preguntó Carlos Martín.

—Las ametralladoras «Vickers» de bolsillo y un par de granadas radioactivas cada uno—replicó Freeman—: No se olviden de las raciones de víveres de emergencia. ¿Cómo andan los ánimos, Hawkins?

Bill sonrió jovial.

—Es curioso. No siento el menor temor. Seguramente no volveremos a la Tierra, ¿verdad?

—Eso sólo lo sabe Dios — contestó Freeman—. No pierdan el tiempo; pónganse los equipos.

Freeman habló de nuevo con Justus Donovan. Mientras lo hacía, su vista no se apartaba del mirador observando los bosques sobre los que volaban.

—Nuestra altura debe de ser ahora de unas mil yardas—explicaba el científico con su voz habitualmente serena—. Percibo perfectamente los detalles de la vegetación; los árboles, de un tamaño mediano, no corresponden a ninguna especie conocida en la, Tierra. Quizá se trate de alguna variedad de «baobad». En este momento comienzo a ver algo parecido a un río... Sí, estoy en lo cierto, aunque más bien es un riachuelo de poco caudal. Nuestra altura disminuye por instantes. Sigo sin observar vida animal. Continúe manteniéndose a la escucha, Donovan.

—Quisiera saber qué es lo que le ocurre a la astronave—dijo Lester. Por más esfuerzos que hacía no podía apartar aquel pensamiento de su mente—. Con los motores parados deberíamos estrellarnos irremediablemente. ¿No opina así, profesor?

—Eso sería lo lógico en la Tierra—repuso Freeman—. A mi modo de entender sólo existe una explicación.

—A ver si coincidimos—terció Martín—. ¿Un gigantesco juego de

imanes de atracción y repulsión?

—Exactamente; pero más que gigantesco, colosal. Escapa a la imaginación que exista un medio de controlar de tal modo a un peso de dos mil toneladas... ¡Un momento, amigos! ¿Qué es aquello?... ¡Miren a estribor!

Todas las miradas se centraron en el punto indicado por el profesor Freeman. En medio de una planicie circular, desprovista de vegetación, se elevaba una enorme cúpula metálica semejante a las de los observatorios astronómicos.

¡Era el primer signo de civilización en el satélite terrestre!

Embargado por mil sensaciones contradictorias, Freeman comunicó el descubrimiento a Justus Donovan.

—¡Nos dirigimos directamente a la cúpula! —exclamó con voz vibrante—. Nuestra altura ha disminuido hasta unas doscientas yardas. Vamos a posarnos inmediatamente. ¡Atención, amigos de la Tierra! ¡El primer objetivo astronáutico está a punto de realizarse! ¡Hemos triunfado!... ¡Dentro de unos segundos las banderas norteamericana y española ondearán en la Luna!...

—¡Atención, expedicionarios! — Interrumpió Donovan—. ¡Mucha atención! El Presidente va a dirigirles un mensaje de felicitación.

Un silencio tenso reinó en la cabina. Cada uno de los presentes podía escuchar los latidos de su propio corazón. Apenas atrevíanse a respirar. En aquel emocionante momento nadie apartó su vista del altavoz. Eva Lacroix se arrebujó contra Lester.

—Queridos y admirados héroes de la conquista lunar—habló el Presidente—. La Humanidad entera está pendiente de vosotros y yo me enorgullezco de felicitaros en su nombre. Solamente os digo: ¡Buena suerte y hasta pronto!... Dios os bendecirá.

Los presentes se santiguaron. En ese instante, una ligera vibración indicó que la astronave acababa de posarse en suelo firme.

Todos corrieron al mirador. Antes de llegar, conteniendo, su impaciencia, Lester LaRue se detuvo y volvió junto al micrófono.

—Atención, Donovan: Objetivo cumplido. De ahora en adelante mantendremos comunicación con ustedes por medio del emisor portátil. Vamos a salir al exterior. Un saludo a la Tierra...

Antes de unirse a sus compañeros, Lester captó un detalle sorprendente. En el complicado cuadro de mandos todas las agujas indicadoras habían vuelto a su posición cero, lo que indicaba que la astronave se hallaba fuera del misterioso control que la obligó a salirse de la ruta establecida. Aquella podía ser una buena señal para un futuro inmediato, pensó Lester.

Contagiados por una emoción indescriptible, abrieron la compuerta que comunicaba con el exterior. Eva bajó primero; después le siguieron Freeman portando la enseña norteamericana y Carlos Martín con la española. Detrás se apearon Bill Hawkins y Lester.

El sol, casi en el horizonte, comunicaba al ambiente una elevada temperatura. Sin embargo, el aire penetraba fresco y confortador en los pulmones.

El paisaje era árido en aquella inmensa explanada. Muy a lo lejos, se divisaba la línea verde de los árboles. La cúpula que se elevaba en el centro parecía no tener orificio alguno y centelleaba vivamente bajo los rayos solares. Su forma era proporcionalmente esférica circundándola un bajo muro de color rojizo.

Aparte de tal artefacto, nada había en los alrededores que señalara vida.

Lester se colgó el pequeño emisor al cuello y sacó del amplio bolsillo de su guerrera el ametrallador «Vickers».

—Absténganse de disparar—recomendó Freeman—. Hemos de tener en cuenta, sobre todas las cosas, que nuestra misión es pacífica. Solamente en caso de amenaza haremos fuego.

—Me resisto a creer que la Luna está habitada—dijo Hawkins—. ¿Serán seres como nosotros o...?

—¿O qué?—inquirió Carlos.

—O bestias inmundas como la que visitó la Tierra.

—No tardaremos en saberlo—intervino Freeman. Se hallaban detenidos en grupo a unas doscientas yardas de la gigantesca cúpula —. Por lo pronto, nuestra aventura no ha sido inútil. Todo el mundo sabe ya que la Luna no es esférica, que está habitada y que su atmósfera es respirable. Hemos preparado el camino para generaciones futuras. Nuestra muerte es cosa accesoria. Plantemos las banderas y demos por concluida la misión. Lo que siga después no tiene importancia.

El grupo se dispersó unas cuantas yardas. Eva Lacroix comenzó a sacar fotografías; Martín y Freeman enterraron en la quebradiza arena los mástiles de las banderas; Lester transmitió a Cabo Cañaveral aquellas pequeñas pero transcendentales novedades; y Bill Hawkins, sorprendentemente tranquilo, oteaba el cielo con los ojos muy abiertos.

Fue por tanto el fracasado escritor y dibujante quien primero vio la aparición de un numeroso grupo de artefactos voladores que, desde todas partes se dirigían hacia allí.

Lester y Eva los reconocieron inmediatamente. Eran idénticos al

encontrado en las selvas amazónicas por el padre de la joven. De forma de obús, transparentes y de reducidas dimensiones surcaban rápidamente el cielo y algunos ya se posaban sobre tierra firme.

—¡Los selenitas!—exclamó Freeman palideciendo—. ¡Preparen las armas!

En un momento, el suelo quedó cubierto por los extraños cohetes. El grupo terrestre quedó cercado; los más próximos se hallaban a unas cincuenta yardas. El silencio era impresionante.

—¿Quién dijo que la aventura había terminado?—preguntó Carlos Martín con mordaz ironía.

—¡Volvamos a la astronave!—ordenó Freeman—. ¡Estaremos allí más seguros y podremos disparar los cañones nucleares si es preciso! ¡Dese prisa, señorita Lacroix!

Eva le hizo un ademán con la mano para indicarle que aguardara. En aquel momento se hallaba entregada a la tarea de sacar fotografías de los cohetes selenitas.

—Me opongo a su idea, Freeman—dijo Lester—. Encerrados en la astronave tenemos tantas probabilidades de subsistir como aquí fuera. Esperemos los acontecimientos cara a cara.

—Soy de la misma opinión—intervino Martín—. Si es necesario quemaremos las naves como mi compatriota Hernán Cortés. Hemos venido a colonizar un mundo con todas las consecuencias que de ello se desprendan. ¿Usted qué dice, Hawkins?

—Me uno a ustedes—contestó animosamente el escritor—. Vamos a demostrar una vez más que el hombre es el rey del Universo. Ya no tengo miedo a morir, señores. Aquello pasó… ¿Lo ven ustedes? Mi pulso es firme y cuando haya que disparar lo haré sin vacilaciones. Si consideran que les soy útil permítanme que me quede fuera.

—No hay más que hablar—resolvió Freeman sonriente—. Todos estamos de acuerdo. Esperemos…

—Alrededor de trescientos cohetes he contado—declaró Lester—. No nos podemos quejar de la recepción. Miren, ¡Ya salen los monstruos! ¿Los reconoce, Eva?

Durante un instante, el espanto sobrecogió a los terrestres. Sucesivamente se iban abriendo portezuelas de los artefactos y unos seres repulsivos, idénticos al que Lester y el profesor Freeman contemplaran en la feria de Chicago, fueron saliendo lentamente, con movimientos reptantes y sinuosos. Sus extremidades contráctiles se extendían sobre el suelo de modo que las cabezas quedaban casi al ras del mismo. Así vistos, la altura de cada monstruo quedaba representada por media yarda aproximadamente.

Las seis pupilas de cada ser brillaban extraordinariamente bajo los reflejos solares.

La comitiva de «balucks», como los denominaba Mortimer Lacroix, se formó en un ancho círculo alrededor de los terrestres. No parecían obedecer órdenes superiores dando la sensación de obrar con arreglo a un determinado plan de tanteo.

Inesperadamente, Eva dio un grito a la vez que señalaba la cúpula. Esta se había abierto en su mitad superior por medio de un silencioso mecanismo.

La atención de todos se concentró en aquella abertura. Momentáneamente, los monstruos quedaron olvidados. Flotaba en el ambiente un hálito sobrecogedor; era como si de un instante a otro fuera a suceder algo espantoso, algo que erizaba el cabello sólo de pensarlo.

Y, en efecto; algo sucedió...

De la enorme compuerta de la cúpula surgió una imponente masa viviente de color rojizo. Primero asomaron cuatro patas membranosas que tantearon el aire como gigantescas boas enfurecidas ; luego, una a una, se adaptaron al suelo para permitir la sustentación de una horrible cabeza triangular provista igualmente de seis ojos amarillentos; el tamaño de éstos rebasaba las dimensiones de un cráneo humano. Finalmente, el horrendo ser se separó unas cuantas yardas de la cúpula cuya puerta siguió abierta.

—¿Vieron alguna vez un pulpo semejante? —preguntó Lester con voz trémula por la excitación.

—¡Es un gigante entre sus semejantes!—afirmó Martín—. ¡Puede que sea el rey de ellos! ¡Cuidado, señorita Lacroix! ¡Está usted cometiendo una imprudencia!

Eva tiró una última fotografía y se volvió hacia ellos. Su rostro estaba muy pálido pero ofrecía una expresión valerosa y firme.

—Si alguna vez regresamos—dijo dirigiéndose a Lester—, estas fotografías te servirán para completar un reportaje sensacional. ¿Verdad, querido?

Lester se mordió los labios, nervioso.

—Si es que alguna vez volvemos—contestó sin poder evitar que la franqueza brotara de su boca.

La escena parecía privada de movimientos. Los cinco terrestres, inmóviles y expectantes, sentían idéntico afán: que algo sucediera de una vez; que la pasividad se quebrara para liberar a sus mentes de la horrible incertidumbre.

Una especie de gas o humo azul comenzó a salir de la compuerta

abierta en la cúpula. Era fácil deducir la escasa densidad del mismo por la rapidez con que se extendió por la planicie rodeando al gigantesco monstruo y a sus congéneres más pequeños.

Una fuerte pesadez de cabeza se apoderó de los terrestres. Lester dio la voz de alarma.

—¡Es un gas narcotizador! ¡Escondámonos inmediatamente las armas!

—¿Qué pretende, Lester?—preguntó Martín pasándose la mano por la frente y ahogando un bostezo.

—¡Que no nos las arrebaten durante el sueño! ¡Que cada uno se guarde la ametralladora debajo del chaleco y cierre la cremallera!... Yo creo... creo que si... No puedo resistirlo... ¡Ten... ten valor, Eva!,.. Se pasará... pronto...

Casi simultáneamente, los cinco componentes de la tripulación fueron desplomándose al suelo privados del conocimiento. Carlos Martín tuvo el tiempo justo para cerrar la cremallera antes de caer de bruces. Su mano derecha quedó oprimida entre el pecho y el suelo.

Los selenitas se pusieron entonces en movimiento...

CAPÍTULO X

L[image]

ester se sintió súbitamente despejado. Experimentaba la misma sensación que si hubiera salido de golpe de la inconsciencia. Tenía la mente fresca y descansada y sus pensamientos sucedíanse con asombrosa agilidad. Antes de abrir los ojos dio un repaso a los recuerdos, llegando a la conclusión de que aquel gas que les adormeciera no era sino una droga vivificadora de efectos retardados. Jamás a lo largo de sus treinta y dos años habíase sentido tan bien. Podía evocar sin dificultad alguna los tiempos pretéritos e incluso podía leer mentalmente los detalles más insignificantes de su existencia. Complicados cálculos que estudiara en su adolescencia y hasta problemas que nunca resolviera se le ofrecían ahora con una sencillez desconcertante.

Intentó moverse. Tarea inútil; se hallaba ligado de brazos y piernas y el esfuerzo hizo que crujieran sus huesos.

Una voz humana resonó con potentes ecos. Al principio no la reconoció. Esto le obligó a entreabrir los párpados.

Una estupefacción sin límites se apoderó de él. La escena de que era testigo sobrepasaba con creces aquello que pudiera concebir la imaginación más desbordada.

Se hallaba tendido en el suelo de una inmensa caverna erizada de estalactitas y estalagmitas. Los recovecos y sinuosidades de las paredes le daban un aspecto fantástico, casi irreal. La iluminación provenía de unas fosforescencias, al parecer naturales, que tachonaban gran parte del techo.

En el centro de la cueva, hasta donde alcanzaba la vista de Lester, se agitaba un remolino de sombras vivientes alrededor de un gran

pedestal repleto de complicadas maquinarias en silencioso movimiento.

Los ojos estuvieron a punto de salírsele de las cuencas a Lester al contemplar en lo alto del pedestal a Bill Hawkins. Este se hallaba sentado inmóvil en una especie de trono metálico. Muy erguido y con el rostro carente de expresión parecía pronunciar un discurso. Su voz, monótona y sin matices, resonaba extrañamente entre las rocosas paredes.

«... y las fórmulas descubiertas por el hombre permiten augurar que nos hallamos ante la era astronáutica. Poseemos el poder de destrucción y los secretos de la naturaleza; nada ni nadie podrá impedimos llegar hasta los mundos más alejados y hacerlos nuestros. Próximas expediciones vendrán a la Luna; una nueva civilización imperará en el Universo dentro de pocos años y los seres extraños nos rendirán pleitesía o serán aniquilados definitivamente.»

Bill Hawkins se detuvo. Un gesto de cansancio crispó sus facciones. Pero de pronto, dejó escapar un alarido de dolor y de nuevo su cuerpo se irguió como espoleado por una corriente eléctrica. La masa de cuerpos vivientes que rodeaban el pedestal se agitó repulsivamente.

—«Eso es todo lo que sé—prosiguió Hawkins—. Desconozco las fórmulas que me exigís. No soy ningún sabio ni puedo predecir la forma en que se llevará a cabo los planes de colonización. Ya os lo he dicho todo. No resistiré más... Estoy agotado...»

Uno de aquellos monstruos trepó reptante hasta el pedestal y con una de las extremidades detuvo el funcionamiento de las misteriosas máquinas. Luego se acercó a Bill. Otra vez alzó la misma pata contráctil y le rozó en el pecho. Surgió un resplandor que ocultó la diabólica escena.

Cuando aquel fuego se extinguió, Lester creyó ser víctima de una pesadilla. Sobre aquel trono o silla metálica sólo quedaba un encogido y negruzco cuerpecillo sin vida. ¡Bill Hawkins había seguido la misma suerte que Mortimer Lacroix, Noel Simmons y los cinco originarios tripulantes de la astronave «Victory»!

Las náuseas invadieron a Lester produciéndole un malestar insoportable. Intentó nuevamente incorporarse con el mismo resultado que la vez anterior. Las ligaduras que le sujetaban no cedieron ni media pulgada. Se miró a sí mismo para comprobar la naturaleza de las mismas. Estuvo a punto de soltar un grito de horror. Se hallaba preso del horripilante abrazo de una enorme serpiente. La cabeza del ofidio se aplastaba contra su pecho, un poco más abajo de donde tenía colgada la emisora portátil. Con el cabello erizado por el espanto echó una mirada a su alrededor. A su izquierda, casi rozándole, vio a Eva

Lacroix sujeta por idéntica ligadura viviente; y a su derecha estaba Cash Freeman en las mismas condiciones. Ambos parecían estar sin conocimiento todavía. De Carlos Martín no había ni rastro.

Dirigió su mirada al pedestal. El cadáver de Hawkins había desaparecido y el mecanismo de las máquinas estaba otra vez en funcionamiento.

Dos de aquellos monstruos nauseabundos comenzaron a arrastrarse rápidamente hacia él. Sus triangulares cabezas revelaban en la simplicidad de los movimientos una ferocidad insaciable.

De improviso, la enorme culebra se desenroscó dejándole libre. Reptando velozmente se escondió en una hendidura de la roca.

Se puso en pie dificultosamente. Fiel al instinto de conservación se tanteó con las manos el chaleco comprobando la posesión de la pequeña ametralladora «Vickers». Este contacto le produjo cierta alegría aunque reflexionó al instante que el arma había servido de bien poco a los infortunados Martín y Hawkins.

No tuvo ocasión de seguir esforzándose en buscar la salida de aquel atolladero. Los dos monstruos se le abalanzaron simultáneamente sin darle tiempo a nada. Prisionero de sus fríos y repugnantes tentáculos, fue arrastrado hacia el pedestal e izado sobre el mismo hasta ocupar el lugar en que antes viera a Bill Hawkins.

La masa de seres vivientes que rodeaba el complicado sitial rebulló como animada por sentimientos hostiles. Desde su posición, Lester pudo contemplar perfectamente el panorama. Los cuerpos de Eva y Freeman yacían inmóviles, abandonados de toda atención por parte de los selenitas. A su derecha, en el mismo plano que ocupaba, dos extraños artefactos provistos de infinidad de ruedas, engranajes y pistones, dejaban escapar un sonido sibilante y continuado. Entre las dos máquinas había una especie de pantalla negra sin marco, con los bordes incandescentes.

Silenciosamente, la negra pantalla se deslizó horizontalmente quedando frente a sus ojos. Fue entonces cuando vio al rey de los «balucks».

El descomunal ser había estado allí en todo momento, detrás de donde ahora se hallaba la pantalla, pero sus irreales dimensiones y la pétrea fijeza de su postura hicieron que escapara a la observación de Lester. Á éste le había sucedido lo que al negro de la historia, que buscando al escorpión cayó bajo las patas de un elefante. El joven periodista no sintió aumentar su pánico ni poco ni mucho porque su capacidad sensorial había quedado anulada desde que volviera a la realidad.

Una suave claridad iluminó la pantalla. Primero fueron unas

líneas borrosas, zigzagueantes las que cortaron su lisa superficie; luego, los trazos tomaron forma concretándose en signos ininteligibles. Durante unos instantes permanecieron fijas aquellas fórmulas de expresión, si es que lo eran. Pero después, como dibujadas por una mano fantasma, comenzaron a surgir rótulos en un idioma que Lester comprendió inmediatamente. ¡Las palabras estaban escritas en inglés!...

Lester cayó en la cuenta de que los mecanismos que componían las máquinas que tanto le intrigaran no eran sino traductores de ideas nacidas en las mentes de los selenitas. Tenía noticias de que artefactos parecidos existían en los centros de investigación norteamericanos, con la diferencia de que éstos traducían automáticamente los idiomas escogidos, faltándoles la prodigiosa perfección de convertir pensamientos en signos gráficos.

Lo que estaba leyendo en aquel instante era una pregunta; la primera del interrogatorio a que le someterían indudablemente. Vista la experiencia de Bill Hawkins, decidió no contestarla aun a trueque de perder la vida, lo que sucedería también en el caso contrario.

Una sonrisa irónica crispó sus labios.

—No contestaré a nada—declaró en voz tan alta como pudo, con la doble intención de ser oído por la horrible concurrencia y despertar de su letargo a Eva y Freeman.

Pero su temple se derrumbó como un castillo de naipes. Un vivísimo dolor recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies; era como si le hubiesen limado los nervios con un instrumento al rojo vivo haciéndolos saltar en trizas; la sensación duró apenas un instante pero bastó para abatir su voluntad.

Miró a la luminosa pizarra. La pregunta se mantenía todavía allí.

«—¿Por qué vinisteis a este mundo?»

Lester respiró profundamente.

—Para agregarlo a los dominios del nuestro —la respuesta salió de sus labios casi sin darse cuenta.

Las palabras de la pantalla se transformaron en otras.

—¿Cómo navega vuestra casa flotante?».

—Lo ignoro.

Otra vez sintió en sus carnes las rasgaduras del dolor. La cabeza pareció a punto de estallarle.

—No soy técnico de navegación—contestó desfallecido—. No sé nada de ciencia.

La pantalla se deslizó hacia el lugar que antes ocupara. El interrogatorio había terminado.

Ahora, convertido en un objeto inútil para los selenitas, le tocaba morir de la misma forma que Bill Hawkins. No estaba asustado; su único anhelo era terminar pronto.

Uno de los «balucks» trepó por el pedestal hacia él. Se despidió mentalmente de Eva. Al posar su mirada sobre la joven vio que se había despertado y que le miraba con los ojos muy abiertos. Intentó sonreírle pero sus músculos faciales estaban paralizados.

El monstruo se detuvo frente a él. El intenso fulgor de su media docena de pupilas pareció quemarle el cerebro. La contemplación duró escasos segundos; después, el «baluck» se dirigió con su torpe caminar a las máquinas. Por medio de los tentáculos paró el funcionamiento.

Lester le vio venir nuevamente. El último resto de su curiosidad se concentró en las terrosas extremidades del monstruo. En una de ellas estaba la muerte en forma de rayo de fuego. De un momento a otro le apuntaría hacia su pecho y todo habría terminado. Luego le seguiría Freeman y después Eva; o a la inversa, probablemente. Ese sería el fin de la primera aventura extraterrestre.

El monstruo alzó su extremidad superior derecha; un disco plateado brilló al final de la misma. Muy lentamente se acercó a su pecho. En los labios de Lester se insinuó una oración...

CAPÍTULO XI

El trepidante tableteo de una ametralladora rompió el silencio de

la gruta. Sonó a espaldas de Lester en el mismo instante en que el joven periodista creyóse a punto de abandonar el mundo de los vivos.

Se organizó un revuelo indescriptible. La enorme masa de monstruos que rodeaba el pedestal se dispersó en todas las direcciones. Sus membranosos cuerpos chocaban entre sí en la confusión de la huida. El gigantesco «baluck», al que Lester designara mentalmente como rey de sus semejantes, salió bruscamente de su inmovilidad para reptar hacia una de las cavidades de la cueva.

Lester dio las gracias al cielo al escuchar aquel cántico de gloria que era los disparos de una vulgar ametralladora. En una rapidísima transición había pasado de la desesperación a la alegría más desbordante. Tenía frente a sí al monstruo, con la extremidad levantada todavía. La muerte podía venir en un instante, pero ya no le importaba; albergaba la profunda convicción de que Eva y Freeman se salvarían. Las detonaciones se sucedían ahora espaciadas. Unas voces extrañas, sibilantes y agudas, se mezclaban con los disparos. Y dominando el infernal fragor, Lester distinguió una exclamación animosa que sólo podía salir de una boca: ¡Carlos Martín era quien dirigía aquel ataque por sorpresa a los selenitas!

Un estremecimiento de júbilo sacudió a Lester. Instintivamente sus manos se cerraron sobre la barandilla metálica del asiento. ¡Podía moverse!...

Febrilmente concentró sus pensamientos sobre el «baluck» que le amenazaba. Tenía que liberarse de él, esquivar el fatídico zarpazo que sobrevendría de un momento a otro. Era el único selenita que no había huido; sin duda le mantenía allí la indecisión, el pánico o la idea del deber que cumplir. Estaba inmóvil, con la pata apuntándole al pecho y vibrantes sus seis amarillentos ojos.

Jamás vivió Lester un instante tan terrorífico. Los disparos habían cesado y sólo se oía el confuso clamor de voces. De pronto sonó una detonación. Durante una fracción de segundo, el monstruo se estiró perceptiblemente; luego brotó de su cabeza un chorro de espuma verde y cayó al suelo fláccido y sin vida.

Lester se levantó. Su mirada buscó ansiosa a Carlos Martín. Le vio venir corriendo, saltando sobre las peñas, y empuñando su ametralladora de bolsillo. Le seguían una infinidad de figurillas menudas, semejantes a pequeños simios, que agitaban sus brazos y gritaban exaltadas.

—¡Albricias, Lester, llegué a tiempo!—exclamó el español—. ¿Dónde están los demás?

—Bill ha muerto—contestó Lester—. Eva y Freeman están ahí. ¿Cómo diablos te las arreglaste para escapar y qué clase de animales

son esos que te siguen?

Martín llegó hasta él y le abrazó emocionado. Luego, sin mediar palabra, corrieron hacia Freeman y Eva. Una grata sorpresa les aguardaba; el científico y la joven se hallaban libres de las serpientes. Estas habían huido asustadas seguramente por los estampidos de la ametralladora.

Freeman comenzaba a recuperar el conocimiento. Mientras Carlos Martín se dedicaba a él, Lester tomó en sus brazos a Eva. Se miraron sin poder expresar la alegría que les dominaba.

—¡Amor mío!—pudo exclamar Lester al cabo de unos instantes.

Eva cerró los ojos.

—No sé si podré resistirlo—murmuró quedamente—. ¡Ha sido todo tan horrible!

—Ya pasó, afortunadamente. Dios ha velado por nosotros hasta el último momento.

—¿Qué clase de monos son ésos?—preguntó Eva mirando intrigada el grupo de diminutos seres que les rodeaba.

Por vez primera, Lester les prestó una detenida atención. Y su asombro fue mayúsculo al comprobar el aspecto casi humano de los mismos. Eran como enanos perfectamente constituidos y con facciones inteligentes. Vestían un extraño atuendo de piel de reptil que les cubría de la cintura a los tobillos. Tanto los velludos pechos como sus brazos tenían una coloración que recordaba a los mestizos negroides.

—¡Son hombres como nosotros!—informó Martín—. ¡Y hablan todos los idiomas terrestres!

—¿Son amigos o enemigos?—preguntó Lester.

Los hombrecillos se inclinaron en sumisas reverencias.

—¿No lo ves?—dijo Martín con su recién adquirida familiaridad—. ¡Son amigos que han estado aguardándonos a través de cientos de generaciones! Pero vayámonos pronto; el ataque sobrevendrá en cuestión de minutos.

—¿Dónde está la salida?—preguntó Freeman con voz somnolienta.

—Seguidme — instó el español—. Preparad las armas para hacer fuego a la menor señal de peligro. La cabeza es el punto vital de los monstruos.

El grupo se puso en marcha. Guiados por Martín llegaron a la salida en cosa de pocos minutos. El cielo tachonado de estrellas les dio la bienvenida. Se respiraba un aire fresco, cargado de aromas penetrantes y desconocidos. Los débiles fulgores de los astros sombreaban el inmenso bosque que se abría ante ellos.

—Les llamaremos «balucks» de ahora en adelante—dijo Martín jadeante por la carrera—. Sus pueblos se hallan escondidos en grutas y cavernas como ésta. Dominan las tres cuartas partes de la Luna y poseen una civilización adelantadísima que les permite viajar de una estrella a otra. Son enemigos irreconciliables de estos pequeños hermanos que veis y les tienen sometidos a una bárbara tiranía, hasta el punto de que han extinguido prácticamente la raza.

—¿Dónde vamos ahora?—preguntó Eva.

—Al poblado amigo—contestó Martín—, Nos costará cinco o seis horas de camino. ¿Estáis cansados?

—¡Cinco o seis horas! — exclamó Freeman aturdido—. Entonces ¿cuánto tiempo hemos permanecido prisioneros?

—Dos días hace que me separé de ustedes. Pero ya les contaré más tarde. Ahora lo principal es huir.

Lester sacó del bolsillo una granada nuclear.

—Permítanme un momento-dijo a la vez que graduaba la espoleta.

—¿Qué va a hacer?—preguntó el científico.

—Dejar nuestro regalo de despedida. No me iría de aquí sin vengar la muerte de Hawkins. La explosión se producirá dentro de treinta minutos exactamente.

—¿Qué le ocurrió a Hawkins?—quiso saber Eva con inquieta curiosidad.

—Como ha dicho Martín, dejaremos las historias para luego. Vuelvo en seguida.

Lester se introdujo nuevamente en la gruta. Segundos después regresaba con las manos vacías y una sonrisa cruel en los labios.

—Ya nos podemos ir—declaró cogiendo del brazo a Eva.

* * *

—Las civilizaciones terrestres se repiten periódicamente. Ustedes, los de esta generación se enorgullecen de haber conquistado todos los terrenos de la ciencia, cuando, en realidad, no han hecho sino releer lo escrito. Constan en los jeroglíficos de hace miles de años los descubrimientos de la energía eléctrica y la desintegración del átomo. El hombre ha hollado con sus plantas en épocas alternadas todos los planetas del sistema solar. Y también periódicamente la Humanidad se ha entregado a orgías de destrucción y muerte que asolaron la faz de la Tierra, retornando el estado primitivo de barbarie. Nosotros pertenecemos a una de aquellas épocas, somos los descendientes de una raza casi extinguida: los incas. Nuestros antepasados escaparon

del penúltimo desastre de la Tierra y vinieron a refugiarse a este mundo que ustedes llaman Luna. Desde aquí hemos seguido atentamente las sucesivas evoluciones terrestres, hemos captado sus miserias y ambiciones, y hemos anhelado que llegara este momento del reencuentro. La raza de ustedes ha mejorado con el paso del tiempo; la nuestra, azotada por las inclemencias climáticas y el obligado ostracismo, ha quedado reducida a lo que ustedes pueden ver. Somos mentalmente fuertes pero enanos de constitución; somos un despojo insignificante…

El anciano patriarca enmudeció para ver el efecto que sus anteriores palabras causaban en los cuatro terrestres. Se hallaban en la Gran Residencia de la ciudad subterránea. Era una especie de palacete tallado en roca viva cuyas habitaciones, triangulares todas, tenían unas dimensiones reducidísimas y estaban iluminadas por la pintura fosforescente de las paredes. El mobiliario y decorados respondían a una severidad claustral dentro de unas líneas y un estilo que podrían definirse como un avance del surrealismo imperante en determinados sectores de la sociedad terrestre.

Sentado en un sencillo trono de madera, Assur Imac, último patriarca descendiente de los incas, contemplaba paternalmente a sus visitantes. Era un hombrecillo delgado y calvo, de facciones aguileñas y cutis rasurado. Sus diminutos ojos negros brillaban como ascuas. Su vestimenta era semejante a la de sus súbditos con la única variación del color. La piel de reptil que le cubría desde el estómago era de un rojo vivo salpicado de motas azules. A ambos lados del trono había una numerosa corte de servidores cuya completa inmovilidad les asemejaba a pizarrosas estatuas.

Por la extraordinaria desproporción física existente entre los terrestres y sus congéneres selenitas, la escena hacía recordar los pasajes narrados por Gulliver en su viaje a Liliput.

—Nuestra lucha por la existencia ha sido terrible—prosiguió Assur Imac en un inglés dificultoso. Su voz gangosa y adornada de gorjeos tenía algo de cómico que contrastaba con lo patético del relato —. En los Primeros Tiempos intentamos luchar con la naturaleza y adaptar nuestra supremacía sobre las demás formas vivientes, pero habíamos llegado tarde. Otra raza animal, la que ustedes han conocido en tan trágicas circunstancias, nos llevaba un adelanto insuperable…

—¡Los «balucks»!…—exclamó Lester removiéndose inquieto en el reducido asiento que ocupaba.

—¿Les llaman ustedes así ?—el anciano sonrió—. Ellos se denominan lo que en el lenguaje inglés, por ejemplo, podría decirse «Los Invencibles». No existe traducción fonética porque se comunican entre sí por medio de mensajes telepáticos. No obstante, les

aplicaremos el nombre de «balucks» porque el mito de su invencibilidad ha quedado roto por ustedes. Como les decía antes, nuestros antepasados se vieron obligados a subsistir secundariamente, sometidos incluso a la esclavitud, relegados a un plano ínfimo por la bárbara voluntad de los «balucks». Privados de los más esenciales alimentos, aislados en las inhóspitas zonas de los volcanes y diezmados por caprichosas matanzas, los miembros de muestra debilitada raza aprendieron la dolorosa lección de tener que pasar desapercibidos en lo posible. Un día, de esto hará cosa de diez mil años terrestres, el gran jefe Lyssian Khima se puso al mando de un puñado de hombres y arrebató al enemigo una de las astronaves que habían servido para la Huida. Khima fue el creador de esta ciudad subterránea enclavada en los confines de la Luna, debajo mismo del hemisferio volcánico visible desde la Tierra.

Assur Imac hizo una pausa para tomar aliento. Después prosiguió su relato.

—Los libros científicos salvados en la astronave y el estudio de los mecanismos de ésta sirvieron de base para el resurgir de nuestra apagada civilización. Se descubrieron nuevas leyes científicas, se perfeccionaron otras y, en fin, se recuperó parte del tiempo perdido. Ahora, aunque somos un pueblo reducido, vivimos dentro de una relativa paz.

—¿Sobre cuántos súbditos gobierna usted? —preguntó Cash Freeman.

—Integran la Nueva Tierra alrededor de unos cincuenta mil habitantes. La progresiva disminución permite calcular que dentro de cien años nos habremos extinguido definitivamente. A menos que ocurra un milagro.

—Háblenos de los «balucks»—solicitó Eva—. Oí decir a Martín que son despiadados por naturaleza.

—Usted lo puede afirmar mejor que nadie —contestó Assur Imac escrutándola con simpatía—. A excepción del hombre constituyen la raza más poderosa del Universo. Su fuerza reside en un arma formidable que supera en potencialidad a la energía nuclear: la anti-gravedad. Creando campos de fuerza en el vacío contrarios a los efectos de la atracción gravitatoria se desplazan por los espacios siderales sin necesidad de combustibles ni complicados motores. Todos los planetas del sistema solar se hallan bajo su implacable dominio.

—¿Existen habitantes en esos planetas? —preguntó Lester, cada vez más interesado en el relato de Assur Imac.

—Sí. Desde luego, son razas inferiores que habrían podido

alcanzar excelentes niveles de cultura a no ser por la aplastante tiranía de los «balucks».

—¿Cómo es que la Tierra no ha sido invadida por ellos?—quiso saber Cash Freeman.

—Tienen una especie de religión basada en la creencia de que la Tierra es el paraíso de sus almas; es un mundo prohibido para ellos. Esta religión no les impide, por cierto, poseer un conocimiento exacto de lo que sucede en el globo terráqueo.

—Si es un mundo prohibido para ellos, ¿cómo se explica que al fin se hayan decidido a visitarlo?—tornó a preguntar Freeman.

—La iniciación de la ciencia astronáutica en la Tierra les indujo a cortar de raíz los posibles intentos de exploración lunar. Primeramente enviaron a uno de sus jefes, el «baluck» que ustedes conocieron. Utilizando la energía anti- gravitatoria eliminó al tripulante del satélite artificial; luego se dejó someter por el padre de usted—se dirigió a Eva—con el fin de poder ejercer su labor de espionaje de un modo desapercibido. Todo fue bien para él hasta aquella noche en que usted, señor Lester, visitó al padre de la joven y le informó del artículo periodístico escrito en colaboración con el profesor Freeman. Viendo que su naturaleza había sido descubierta, huyó no sin antes matar al señor Mortimer. A continuación, eliminó a los cinco presuntos tripulantes de la astronave que les trajo aquí. Creando un clima de terror alrededor de la primera investigación interplanetaria, el «baluck» supuso que tal viaje no se llevaría a cabo. Su equivocación le hizo cambiar de plan, por lo que se embarcó con ustedes.

—No acabo de comprenderlo—dijo Lester—. ¿Por qué el «baluck» no nos eliminó también antes de emprender la misión?

—La explicación es sencilla. Cada uno de los «balucks» posee en una de sus extremidades un arma ofensiva con ocho cargas, como ustedes llamarían. Al utilizar seis contra el padre de la señorita Eva y los primeros tripulantes de la astronave sólo le restaban dos. El único recurso para triunfar en su criminal empresa consistía en la aplicación de su poder destructivo sobre las bombas atómicas que portaban ustedes a bordo. Por ello se introdujo en la cámara acorazada.

—Sin embargo, mató a Noel Simons—objetó nuevamente Lester.

—Ese es un enigma para el que podemos dar dos soluciones; por lo que ustedes han contado de la conducta de Simons, es presumible que el «baluck» le asesinara impulsado por el odio nacido al escuchar sus deseos de aniquilar a todo el selenita que se le pusiera por delante; o bien fue esto, o bien sucedió que Simons intentara penetrar en la cámara acorazada guiado por alguna causa que desconocemos. El caso es, que de un modo u otro, el arma del «baluck» quedó con una sola

carga. Dicha carga la empleó contra sí mismo en el instante en que ustedes decidieron capturarle. El «baluck» calculó equivocadamente que la energía calorífera generada en su autodestrucción haría estallar las bombas atómicas almacenadas en la cámara. Por esta causa ustedes no encontraron más que sus cenizas.

—Está claro—dijo Lester—, Pero hay algo más: los doce satélites artificiales desaparecieron de la órbita terrestre en el transcurso de nuestro viaje.

—Fueron destruidos por cohetes dirigidos desde la Luna en un nuevo intento para amedrentar a la Humanidad con respecto a las investigaciones interplanetarias. Con idéntica facilidad podrían haber destruido la astronave «Victory», pero prefirieron dejarla llegar para capturarles vivos a ustedes y hacerles objeto de un minucioso interrogatorio que les informara de los avances científicos terrestres. Usted, señor Lester, atravesó por esta experiencia.

—Y usted, ¿cómo está enterado de todo? —preguntó Eva inesperadamente.

Assur Imac esbozó una sonrisa enigmática. —¿Le gustaría saberlo?

—Estoy deseándolo desde el principio de su relato.

—Lo va a ver en seguida. ¿Quieren acompañarme, por favor?

CAPÍTULO XII

L[image]

o que ustedes están viendo es la astronave utilizada por nuestros antepasados y que recuperó el gran jefe Lyssian Khima— explicó el descendiente de los incas señalando una inmensa esfera azul que reposaba en el centro de una sala descubierta del palacete—. Constituye el venerado tesoro de la Nueva Tierra. Sus motores están impulsados por energía nuclear y su capacidad de desplazamiento es ilimitada. Ya ven cómo se repiten las civilizaciones terrestres. La generación de ustedes aún tardará en descubrir los perfeccionamientos de esa astronave. Entremos en su interior.

Assur Imac oprimió un resorte invisible y una gran cavidad se abrió en la estructura de la astronave. Penetró en la misma seguido de Lester y sus compañeros. Un numeroso cortejo de servidores liliputienses quedó aguardando fuera.

—Pasaremos por alto los detalles técnicos —dijo Assur Imac—. Observen las proporciones de los compartimientos y el tamaño de los asientos; todo está calculado para hombres de la talla de ustedes, lo que revela nuestra rápida decadencia física. En esta astronave cabía una tripulación de doscientas personas y podía guiarla una sola. Su manejo es tan sencillo como el de los automóviles terrestres. Ahora van a ver lo más interesante. ¿Quiere pasar usted primero, señorita Eva?

Penetraron en un pequeño salón atestado de mecanismos e instrumentos de precisión. Adosado a una pared metálica había una especie de escenario con un fondo de ocho pulgadas aproximadamente. Assur Imac manipuló en varias direcciones una palanca roja que sobresalía del sillón frontal al vacío marco.

—Televisión en relieve—explicó a la vez que el escenario se iluminaba vivamente—. Vamos a trasladamos a los Estados Unidos. A Cabo Cañaveral, por ejemplo.

Primero apareció en el recuadro una extensión desértica abrasada por los rayos solares. Paulatinamente, la visión fue deslizándose hacia la izquierda para transformarse en el campo de experimentación que sirvió de base de despegue a la astronave «Victory». Surgieron ante la asombrada mirada de los cuatro terrestres los familiares contornos de las oficinas y acuartelamientos. Diminutas figuras humanas cruzaban en todas las direcciones.

—Ampliaremos la visión prestándole el sonido—dijo Assur Imac —. Escuchen ahora al coronel Nelson hablando con Justus Donovan.

—¿Les conocen ustedes? — inquirió Lester aturdido.

Assur Imac sonrió.

—Repetimos esta experiencia frecuentemente; paso a paso seguimos el lanzamiento de la astronave de ustedes. Pero presten atención; les interesará.

En la pantalla viviente aparecieron las figuras del coronel Nelson y Justus Donovan. El realismo de la imagen le daba un aspecto mágico. Las voces de aquellos se percibieron con perfecta sonoridad.

«—Hemos perdido las esperanzas—decía Donovan—. Ninguna noticia desde que la «Victory» se posó en la Luna. Tampoco funciona el control remoto.»

«—Continúe intentando el contacto con la emisora de Lester LaRue — replicó Nelson.— Hasta dentro de dos horas no se informará a la nación de lo sucedido. Es el plazo concedido por el Presidente.»

«—A sus órdenes, coronel.»

Assur Imac cambió la onda del televisor. El decorado anterior se transformó en un campo de rugby; luego en una representación teatral. Y así, sucesivamente, pasaron ante la vista de los terrestres unas cuantas escenas, no por cotidianas menos emotivas.

—Este tipo de televisión se adapta a interiores y exteriores—declaró Assur Imac—. De este modo conocemos cuanto sucede en la Tierra y hemos aprendido sus actuales idiomas, la política y las ciencias.

De regreso al salón del trono, Lester tuvo una inspiración.

—¡Seré idiota!... ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

—¿Qué te ocurre, Lester?—preguntó Eva intrigada.

—¡Mi emisora portátil! En la Tierra están preocupadísimos por nosotros y no hemos pensado que podemos comunicamos con ellos. Ahora mismo...

—Calma, señor Lester — interrumpió Assur Imac—. A mí sí se me había ocurrido, pero no les dije nada porque esa conexión nos conduciría a la muerte. Tenga en cuenta que todas nuestras actividades están controladas por los «balucks» y si captaran dicha emisión sabrían en el acto dónde se encuentran ustedes. Inmediatamente nos atacarían.

La decepción se pintó en el rostro de Lester.

—Tiene razón...

—A propósito, quisiera hacer una pregunta —intervino por vez primera Carlos Martín—: ¿Cómo se las arreglaron para capturar nuestra nave?

—Por medio de la energía antigravitatoria. La cúpula que ustedes me describieron es la central suministradora que controla la vigilancia

espacial. Astronaves de distintos planetas fueron atrapadas de igual modo que la suya. Ustedes denominarían imán a dicha central; en realidad, sus efectos son magnéticos, aunque originados por causas de atracciones gravitatorias. Debido al control que ejerce la central magnética estamos sometidos a no salir jamás de la Luna.

—¿Y si esa cúpula fuese destruida ?—quiso saber Lester.

El descendiente de los incas esbozó una sonrisa irónica.

—¿Y quién la destruye? — Interrogó a su vez—. Nuestro pueblo tiene delimitada una reducida área en la que se nos permite subsistir. Los «balucks» castigan con pena de muerte inmediata a quien atraviesa las fronteras.

—-Eso significa que jamás podremos abandonar la Luna-— intervino Martín con cierto acento de amargura—. Y menos mal si no nos descubren pronto.

—No se haga demasiadas ilusiones—en el pequeño y afilando semblante de Assur Imac volvió a aparecer la misma sonrisa irónica—. Es muy probable que las primeras pesquisas de los «balucks» se centren en nuestra ciudad. Quizá en estos momentos las hordas enemigas se estén dirigiendo hacia aquí.

—¿No lo podemos saber por medio de la televisión?-—preguntó Eva sintiendo renacer la inquietud.

—En la incertidumbre hay siempre una esperanza—repuso Assur Imac—. Imagino que a esto le llamarán ustedes cobardía, posiblemente con razón. Pero la nuestra es una cobardía resignada a un fatal destino contra el que no podemos luchar. Es preferible morir de pronto, sin saber cuándo ni cómo, que ver desde lejos el avance de millones de seres monstruosos que desconocen la piedad. ¿No lo creen ustedes así?

—Ya veo que no están ustedes de acuerdo conmigo—dijo Assur Imac al observar la tardanza de la respuesta—. Si tienen otra solución mejor, díganla. Mi pueblo y yo nos sentiríamos dispuestos a considerarla. Y prueba de mi sinceridad es lo que les voy a confesar: la quimera nuestra desde todos los tiempos es posar nuestros pies en la Tierra; lo sacrificaríamos todo en pro de ese ideal supremo. Denos esa solución, señor Lester; usted que parece el más audaz del grupo… y el más disconforme también.

Lester no se inmutó. En sus negras pupilas centelleó la luz de la decisión. Miró a Carlos Martín y éste le hizo un ligero signo afirmativo.

—Podría ser bueno este plan—dijo Lester—: volar la central magnética con una granada nuclear y apoderarnos después de nuestra astronave. Guiada ésta por medio del control terrestre destruiríamos

desde el aire a las hordas enemigas y les liberaríamos a ustedes para siempre.

—Equivaldría a un suicidio el intentarlo—replicó Assur Imac.

—He visto en la guerra frustrarse algunos suicidios de esta índole —aseveró Lester.

—¿Sería capaz de probarlo uno de ustedes? —el rey de los hombrecillos pareció más interesado en el proyecto.

—Reclamo ese honor—dijo Carlos Martín—. Yo haré el trabajo.

—Te equivocas—Lester negó sonriendo—. La idea es mía y a mí me incumbe la responsabilidad de llevarla a cabo.

—Nos lo jugaremos a cara o cruz—declaró Martín resueltamente a la vez que sacaba una moneda—. Tu autoridad en este caso es nula...

—Iremos todos — resolvió Cash Freeman—. Así fuera de discusiones. La unidad hace la fuerza, reza el proverbio.

-—El señor Freeman tiene razón—intervino Eva dando su opinión —. No debemos separarnos. La suerte de uno tiene que ser la de todos.

Un gesto de impaciencia asomó a la faz de Lester.

—Tira la moneda al aire, Carlos. Iremos tú o yo.

—¿Por qué no van los dos juntos?—preguntó Assur Imac.

Se miraron los dos jóvenes durante unos instantes. Al fin, Lester alargó su diestra.

—Sea-—dijo—. Los viejos y las mujeres no nos interesan.

—Eso es un doble insulto, señor Lester—manifestó Freeman ofendido—. Si soy inútil o no, es cosa que se habrá de ver todavía.

—Tómelo como quiera, Freeman — replicó Lester bruscamente—. Si salimos de ésta le ofreceré todas las satisfacciones que desee. Eva necesita de su cuidado durante la ausencia de Martín y mía. ¿Estás dispuesto, Carlos?

El español se puso en píe.

—Necesitamos un par de guías para que nos conduzcan a través del deslizador subterráneo —dijo a Assur Imac—. Del resto nos encargaremos nosotros.

Assur Imac se metió en el aposento contrario. Volvió al cabo de unos minutos.

—Todo está dispuesto—anunció—. Les voy a dar una buena noticia antes: acabo de televisar nuestras fronteras y no hay señal de peligro inmediato. Por lo tanto quisiera hacerles una proposición: ¿desean ver ustedes personalmente la superficie volcánica de la Luna, o sea, el hemisferio visible desde la Tierra?

Lester consultó instintivamente el reloj. Una sospecha se filtró en

su mente.

—Nuestra curiosidad está en contradicción con el proyecto de salvación — contestó—. La pérdida de tiempo puede revestir fatales consecuencias.

Assur Imac sonrió.

—Ustedes cuentan el tiempo por minutos; yo les prometo que antes de treinta minutos estaremos de regreso. Ustedes son los primeros terrestres que han visitado este mundo; no les importaría tanto morir después de haber presenciado el más maravilloso de los espectáculos: nuestro paraíso... ¡La Tierra en su apogeo!

CAPÍTULO XIII

Assur Imac y sus cuatro acompañantes se metieron en una especie de cajón cilíndrico empotrado en una canal vertical sin apenas resquicio para la vagación.

—No sentirán diferencia alguna entre la inmovilidad y la velocidad—dijo Assur Imac oprimiendo el último de los botones de una fila de diez, adosada a una de las paredes del receptáculo—. Dentro de cinco minutos estaremos en la otra superficie. Prepárense las escafandras climáticas.

Lester consultó su reloj.

—¿A qué velocidad nos desplazamos ahora? -—preguntó.

—En términos terrestres, a unas seis mil millas por hora. Les parecerá asombroso seguramente.

—Más que asombroso increíble—dijo Freeman—. ¿Qué clase de energía Se utiliza para impulsar este artefacto?

—Energía antigravitatoria; es la única que se emplea en la Luna. Resultaría un poco complicado explicárselo, pero intentaré ponerles un ejemplo para que lo comprenda. La energía en cuestión es la resultante de invertir los efectos de la gravedad por medio de campos de fuerza aplicados al vacío absoluto. Supónganse ustedes un proyectil disparado a dos mil metros por segundos cuya trayectoria pudiera ser desviada en pleno vuelo por una mano invisible hasta hacerlo volver al punto exacto de partida. Se habría invertido la fuerza en sentido contrario con un incremento de velocidad resultante de dos sumandos: uno que equivale al impulso inicial, que se conservaría intacto, y el otro que consiste en la constante aceleración producida por la ley de la gravedad. Aplicado este ejemplo a nuestro caso, podríamos decir que la mano invisible invierte el impulso inicial de la gravedad. El proyectil antes citado es este ascensor que, normalmente, debería caer y, sin embargo, asciende a seis mil millas por hora.

—Todo eso está comprendido — dijo. Freeman—; pero ¿cuál es la mano invisible?

Assur Imac esbozó una sonrisa sardónica.

—Solamente cuando la evolución científica de ustedes, los terrestres, alcance nuestro grado poseerán los datos comparativos necesarios para la comprensión de este complejo mecánico. Sus mentes no están preparadas todavía para ello.

—Quiere decir usted que nuestra preparación a tal efecto es la misma que la de un hombre de la edad de piedra que quisiera aprender cibernética. ¿No es eso?

—Sin que signifique menosprecio hacia ustedes, así es—replicó Assur Imac—. Pero ya hemos llegado. ¿Listas las escafandras?

Los terrestres procedieron a aplicarse los yelmos de plástico transparentes y establecieron las conexiones suministradoras de oxígeno.

—¿Y usted?—inquirió Freeman a través del altavoz, dirigiéndose a Assur Imac.

—Nosotros empleamos un procedimiento mucho más sencillo: abstención de respirar y graduación natural de la temperatura interna del cuerpo. Son derivaciones lógicas de una aclimatación forzosa y permanente.

Assur Imac abrió la portezuela del ascensor y salió primero; luego lo hizo Freeman, seguido por los otros tres.

Quedaron sobrecogidos por la grandiosidad del paisaje. Jamás ninguno de los terrestres pudo presentir una realidad semejante. La noche lo cubría todo; pero aquella era una noche no descrita por los poetas. Ausente el velo de la atmósfera, las estrellas parecían globos incandescentes colgando de invisibles hilos. No había titilar en ellas, sino una fijeza sobrenatural que variaba en cada caso por un matiz distinto de coloración. Y en medio del rutilante manto flotaba un enorme disco de pálida y misteriosa belleza. Por la absoluta limpieza de sus contornos daba la sensación de hallarse muy próximo, casi al alcance de la mano. Pero, por paradoja del destino, nunca estuvo más lejos que en esta ocasión para aquellos cuatro mortales que ahora lo contemplaban absortos, ensimismados en sólo Dios sabía qué pensamientos. Aquel disco era la Tierra, un mundo conmocionado de confín a confín por la audaz aventura de un puñado de hombres arrastrados por diferentes pasiones y egoísmos.

—Nos hallamos en el borde septentrional de lo que ustedes llaman «Palus Nebularum»[1] —dijo Assur Imac—, Al otro lado de aquellas montañas se encuentran «Mare Nubium» y el «Oceanus Procellarum». Y si pudiéramos ver más allá todavía, distinguiríamos la Gran Cadena de los Alpes.

El «flash» de Eva relampagueó repetidas veces. En una de las ocasiones, Lester se puso ante el objetivo, de modo que la esfera terrestre quedara a sus espaldas.

Carlos Martín restregó intrigado sus pies levantando una grisácea nube de polvo. Assur Imac salió al paso de su pregunta.

—Está usted pisando una capa de más de cien yardas de profundidad de polvo—explicó—. La variación de temperatura desde el mediodía lunar a la medianoche es de más de cien grados C. Las rocas expuestas a tales cambios, a intervalos regulares de dos semanas, se resquebrajan continuamente. Sus estructuras cristalinas ceden ante las dilataciones y contracciones que experimentan, y las superficies se desmoronan convirtiéndose en escamas. Como resultado de ello, toda la superficie de este hemisferio se halla cubierto de fino polvo de roca. Y como no hay viento que lo lleve de una parte a otra, no cambia de sitio jamás.

—¿Y han existido realmente los volcanes? —preguntó Martín en presencia de Freeman.

—Los cráteres que ustedes creen ver no son sino impactos producidos por una lluvia de meteoritos acaecida dos siglos después de nuestra emigración: A este respecto, un distinguido antecesor de ustedes llamado Gruithuisen acertó con el verdadero origen de los cráteres. Son falsas las demás teorías sustentadas en la Tierra.

Lester y Eva se acercaron cogidos de la mano.

Triunfaba el amor sobre la aridez de los paisajes y la congoja de las almas.

—Está visto que yo nunca comprenderé las cosas de este mundo— dijo Lester dirigiéndose a Assur Imac—. ¿Reviste alguna dificultad para ustedes la construcción de una nave interplanetaria en el hemisferio deshabitado que nos hallamos? Fabricadas en la ciudad las piezas de cada maquinaria podrían ser trasladadas aquí por medio del mismo ascensor que nos trajo a nosotros. No veo por qué razón el secreto trascendería a los «balucks»...

—Olvida usted frecuentemente que la Luna está por completo controlada por ellos—rebatió Assur Imac—; y olvida también que su central magnética captaría inmediatamente el vuelo de la astronave.

—¡Siempre la central magnética!—exclamó Lester preso de la contrariedad—. ¡Al diablo con ella de una vez! Me parece que nunca va a llegar el momento de enfrentamos con ese misterioso poder que esclaviza a una raza...

—El momento ya ha llegado — dijo Assur Imac invitándoles con un ademán a entrar de nuevo en el cajón cilíndrico que les transportaría a través de las entrañas de la Luna para asomar en el otro hemisferio—. Como verán hemos cumplido el horario. Sólo han perdido treinta minutos sin importancia y han ganado algo en cambio.

Pero Assur Imac, Rey de los selenitas, se equivocó en su predicción. En aquel lapso de treinta minutos sucedieron muchas cosas. De una de ellas, la principal, le informaron a Assur Imac apenas traspasado el umbral del palacio. ¡Una enorme horda de «balucks» en pie de guerra se dirigía a la ciudad!

Había llegado el momento más temido de la historia: ¡La hora de la extinción!...

* * *

La humedad veló el brillo de las pupilas de Eva. Todo su cuerpo se estremeció al recibir en los labios la caricia del beso de su prometido.

—Te querré siempre, Lester—musitó con voz quebrada por la emoción—; en esta vida y en la otra. Mi último pensamiento estará contigo, te lo aseguro, amor mío...

—Nos volveremos a ver—Lester la desprendió suavemente de sus brazos—-. Si ello no ocurriera, piensa que he muerto vengando a tu padre.

—Vamos, Lester—apremió Carlos Martín introduciendo en los amplios bolsillos de su pantalón las dos granadas atómicas que le

acababa de entregar Cash Freeman—. No hay un segundo que perder.

Lester estrechó la mano diminuta de Assur Imac.

—Lo siento, señor—dijo con voz que quería ser natural-—- Si llega lo peor es culpa nuestra. Me es imposible encontrar palabras de arrepentimiento y gratitud que expresen...

—No continúe, por favor—interrumpió Assur Imac—. La muerte no representa nada comparada con el inmenso honor de ver unidas, aunque sólo haya sido por unas horas, las dos civilizaciones hermanas. Nuestros ruegos han sido escuchados por el Todopoderoso y eso es suficiente. Como dicen ustedes, los terrestres, ¡hasta pronto!...

Freeman les abrazó en silencio. Acto seguido, Carlos y Lester desaparecían en el interior de un pequeño vehículo sujeto a unos rieles que se perdían en la negrura de un pasadizo horizontal. Un hombrecillo, de rostro vivaz e inteligente, les aguardaba sentado al frente de una serie de extrañas palancas y volantes.

Cinco minutos duró el trayecto hasta que el vagón se detuvo.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Lester inquieto.

El hombrecillo se volvió hacia ellos.

—No seguir más... Viaje terminó—su voz aflautada encontraba dificultad para expresarse en inglés.

Salieron del vehículo. Ligeramente ensanchado, el túnel les permitió el paso al exterior. Nuevamente se encontraron con la noche; una noche que sin duda se iniciaba, a juzgar por el tinte violáceo del horizonte.

El guía les tendió su mano con torpe ademán. Una expresión admirativa se reflejaba en sus rasgos. Carlos y Lester se la estrecharon sintiendo que la emoción les embargaba.

—¿Cuál es el camino para encontrar la central magnética?— preguntó Lester.

El hombrecillo señaló con el brazo un afilado pico montañoso que se erigía a la izquierda de ellos.

-—Detrás... Verán luz grande... Muy lejos todavía.

Lester y Carlos se pusieron en marcha. El frío era terrible, casi insoportable. Un paisaje inhóspito y desértico se abría ante ellos.

—Si todo va bien andaremos de cuatro a cinco horas—dijo el español—. Recuerdo que me costó eso al hacer el recorrido en sentido inverso.

Lester se detuvo de pronto.

—¡No me lo habías contado! — exclamó—. ¿Cómo lograste escapar?

—Antes de que el gas letárgico penetrara en mis pulmones contuve la respiración hasta perder el conocimiento —contestó Martín—. Es bastante sencillo de conseguir e inofensivo. De ese modo me libré de respirar el gas y pude volver a la realidad pocos minutos después. Mi fingimiento duró mientras me transportaban en vilo. Llegué a la gruta sin haber tenido ocasión de fugarme; pero una vez allí, me dejaron en el suelo durante un buen rato y entonces decidí jugarme el todo por el todo. Abriéndome paso a tiros de ametralladora logré salir de la caverna. Los «balucks» no poseen armas de combate de largo alcance y me pude mantener a distancia de los que me perseguían. Agoté la cinta de municiones, hice estallar las dos bombas nucleares y me reventé corriendo. Cuando les perdí de vista me detuve a descansar y a pensar cómo os podría salvar. Imagínate cuál sería mi sorpresa al verme rodeado de pronto por centenares de enanos, la mayoría de los mismos gesticulando y gritándome cosas en inglés. El resto de mi odisea te lo puedes suponer. Los enanos me llevaron a presencia de su rey. El encuentro fue cómico y dramático a la vez. Lo primero que dispuso Assur Imac fue el rescate de vosotros. Puse en mi ametralladora la cinta de repuesto y allá que me fui con una escolta de más de cinco mil enanillos. Hubo nuevo tiroteo, una zarabanda endemoniada y la entrada en la gruta tal como tú la presenciaste. Sencillo, ¿no es cierto?

—Siempre tuve a los españoles en un concepto distinto—contestó Lester profundamente admirado—. Tendré que rectificar en lo sucesivo.

Carlos enarcó las cejas.

—¿En qué concepto nos tenías?

—Valientes, generosos, intuitivos… y fanfarrones. Sobra el último calificativo.

El español se echó a reír.

—Siento haberte defraudado; de veras que sí, Lester.

Reanudaron la marcha. A miles de kilómetros del hemisferio visible desde la Tierra, la atmósfera se purificaba a cada paso que daban. Aquel era el milagro lunar que Pedro Andrés Hansen presintiera un siglo atrás.

Al cabo de un par de horas de recorrido hicieron un alto para descansar. La absoluta calma que les rodeaba tenía algo de sobrenatural; parecía el augurio de una muerte que les acechara desde todos los lugares.

—Assur Imac dijo que la ciudad era inminente presa de los «balucks»—-declaró Lester intrigado—. No los hemos visto por ninguna parte.

—La ciudad ha quedado a una distancia de más de mil millas—repuso Carlos—. Nosotros hemos viajado a través del subsuelo, por un túnel infranqueable. El enemigo atacará por la superficie… si es que no ha atacado ya.

Se abrieron paso por una vegetación exuberante que crecía en el valle de las dos montañas que tenían que franquear. El ambiente se pobló de mil ruidos misteriosos; por todas partes se percibían los signos de vida animal. Predominaban los zumbidos de los insectos y, de vez en cuando, el ulular de alguna bestezuela ponía su contrapunto escalofriante.

Llegaron al final del valle. Una alegría sin límites les invadió al contemplar en la lejanía un enorme resplandor verdoso que recortaba los perfiles de la cúpula que constituía la meta de los dos amigos.

—Media hora más…—murmuró Carlos fatigado.

Lester desenfundó el emisor portátil.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó el español.

—Comunicar con Cabo Cañaveral—respondió el interpelado—. Que mantengan a punto el control de nuestra astronave para cuando la central magnética haya sido destruida.

—¿Supones que la «Victory» estará todavía allí?

Lester aguzó su mirada en dirección a la explanada en que se hallaba la cúpula.

—Si mi vista no me engaña creo que está en el mismo sitio. ¿Puedes verla tú?

Carlos asintió al cabo de unos instantes. Su varonil semblante revelaba una alegría sin límites.

—¡Lester! ¿Crees que nos salvaremos? Deseo volver a la Tierra, ¿sabes? En todo el Universo no hay un mundo mejor… ¡Sería maravilloso! Parece como si hubiera transcurrido un siglo desde que salí de allí… y sólo hace unas horas.

—¿Por qué viniste, Carlos?

—Mi novia se casó con otro. Pero ya no lo siento, casi la he olvidado. Ahora sólo pienso si pudiera volverme a sentar al volante de mi «Jaguar» y escuchar las ovaciones del público.

¿Sabes lo primero que haría si regresáramos? Tomaría el avión para ir a Madrid… Hace cinco años que salí de España. Eva y tú vendríais en viaje de bodas…

—Te lo prometo, Carlos; iremos a España.

Se sucedió un silencio emocionante. Al cabo de unos instantes, Lester comenzó a manipular los mandos de su emisora portátil. La realidad, cruda e implacable se imponía al sentimentalismo.

Una serie de zumbidos intermitentes surgió del altavoz.

—Llamada a la Tierra—-habló Lester con voz impregnada por la ansiedad—. Atención Cabo Cañaveral... Lester LaRue llama desde la Luna... ¿Escucha usted, Donovan? Habla Lester LaRue...

—¡Donovan a la escucha!—contestó excitada la voz del operador terrestre—. ¡Le oigo perfectamente, Lester! ¡Conteste pronto!...

Lester se tuvo que morder los labios para evitar un sollozo de alegría. El corazón parecía a punto de salírsele del pecho.

—Estamos en un aprieto, Donovan—dijo lentamente—. Bill Hawkins ha muerto... Ponga atención a las instrucciones. Vamos a intentar regresar a la Tierra. Ordene a los técnicos que conecten a la astronave el control de larga distancia y lo mantengan fijo durante un par de horas. Quizá consigamos subir a bordo después de rescatarla. Carlos Martín y yo vamos a ver si lo logramos.

—Entendido, Lester. Toda la Tierra está pendiente de ustedes; ya les dábamos por perdidos. ¿No quiere decir nada a los periodistas?

Martín le hizo un guiño afirmativo. Incapaz de proseguir hablando, Lester le entregó el emisor.

—Habla Carlos Martín—informó el español. Vaya anotando esto para los periodistas; tal vez sea el último reportaje. Hemos encontrado dos civilizaciones distintas en la Luna; una raza de «balucks» despiadados que domina todos los territorios e impera sobre el resto de los mortales y otra de hombres. No estamos delirando, Donovan; he dicho una raza de hombres. Desciende de los antiguos incas y su evolución científica alcanza un grado fabuloso. Son amigos nuestros. Eva y Cash Freeman se hallan ahora en el palacio del jefe aguardando que rescatemos la astronave. Su situación es crítica, pues la ciudad se encuentra asediada por los «balucks». Toda esperanza de salvación depende de nuestro éxito. Eso es todo, Donovan.

—¡Es un reportaje sensacional!—la voz de Donovan vibró excitada—. Diga algo más, Martín...

—Imposible ahora. No podemos prolongar más la situación. Diga a los técnicos que comiencen a trabajar.

—¡Buena suerte, muchachos! La orden está siendo ya cumplida...

—Gracias, Donovan. Corto.

Lester enfundó nuevamente el pequeño transmisor y lo colgó de su cuello.

—¿Vamos?—inquirió a su compañero.

Carlos asintió comenzando a andar.

Diez minutos después habían dejado atrás el valle y se enfrentaban con la inmensa llanura en que «alunizara» la astronave. El

lugar parecía completamente desierto. Tan sólo el fulgurar de la central magnética evidenciaba signo de vida.

Los perfiles plateados de la astronave podían distinguirse ya perfectamente. Les separaba de de ella una distancia aproximada de media milla.

De pronto, Lester se detuvo paralizado por el espanto. No tuvo necesidad de advertir a Carlos pues una exclamación de éste le dio a entender que se había dado cuenta de lo que sucedía.

—¡Estamos perdidos!...—susurró el español. ¡Hemos caído en la trampa!

Ocurrió todo en una fracción de segundo. La llanura, el valle y las lejanas montañas aparecieron repentinamente moteadas por infinidad de puntos fosforescentes que vibraban en la oscuridad de la noche como luciérnagas inquietas. El múltiple centelleo se extendía formando un perfecto círculo alrededor de los terrestres, envolviendo igualmente la central generadora y la astronave «Victory».

—¡Nos han cercado, Lester!—exclamó el español—. ¡Eso que brilla son los ojos de los monstruos!

—Deben haber millares—replicó Lester descolgando del cinto su ametralladora portátil—. ¿Cómo nos habrán descubierto?

—Deben haber captado nuestro mensaje a la Tierra. Pero de todas formas nos estaban aguardando. ¿Qué hacemos?

—Vender caras nuestras vidas, por supuesto—contestó entre dientes Lester—. Al menos intentaremos destruir la cúpula...

—¡Vamos! — Carlos echó a correr hacia el centro de la explanada.

A la carrera de los dos jóvenes sucedió inmediatamente un pesado rumor acompañado de la puesta en movimiento de aquellos millares de ojos refulgentes. En breves instantes el círculo envolvente se estrechó considerablemente.

Llegó un momento en que el avance tuvo que ser interrumpido. Los «balucks» se hallaban a menos de cien yardas desde cualquier punto que se les mirase. Sus masas informes y escamosas formaban un compacto anillo.

—¡Ha llegado la hora de actuar! — exclamó Lester sacando una de las granadas radioactivas—. ¡Cúbrete la cabeza con el yelmo!

Carlos obedeció nerviosamente. En su fuero interno pensó que era una futilidad tomar la precaución de aislarse de la radioactividad cuando sus cuerpos iban a ser despedazados segundos más tarde.

Lester desenroscó la cápsula que protegía la espoleta y graduándola para que estallara al choque, la arrojó con todas sus fuerzas en dirección a la central generadora.

Una horrísona explosión sacudió todos los ámbitos. Pese a tener los ojos cerrados, Carlos y Lester percibieron a través de los párpados la claridad luminosa del estallido.

Sobre sus cuerpos cayó una lluvia de esquirlas y tierra. Lester se incorporó con la cabeza dándole vueltas. Tendiéndole una mano ayudó a Carlos a levantarse.

El hongo formado por la explosión se elevaba a gran altura por encima de los restos desmoronados de la central generadora de energía magnética. Una humareda densa mezclada con rojizos resplandores se extendía por la explanada impidiendo la visión del conjunto. La elevación de la temperatura hacía sofocante el ambiente.

El humo se rasgó a pocos pasos de la pareja para dar paso a un numeroso grupo de monstruos. Lester y Carlos abrieron fuego con sus ametralladoras. La granizada de balas cubrió el semicírculo atacante alcanzándolo de lleno. Uno tras otro, los «balucks» fueron desplomándose sin vida.

Los dos terrestres respiraron aliviados.

—¡Ya hemos conseguido el objetivo principal!—exclamó Carlos con voz trémula por el júbilo—. Intentemos abrirnos paso hasta la astronave...

El humo se había disipado en parte. Centenares de monstruos yacían destrozados a causa de la explosión. Pero, como un ejército inagotable, surgían por todas partes las hordas compuestas por los repulsivos seres. A simple vista se observaba que el número se había multiplicado. Millares y millares de ojos centelleaban en la noche. Ei rumor que producían los cuerpos al arrastrarse se asemejaba al de una tormenta lejana.

Inesperadamente sucedió algo que derrumbó todas las esperanzas de Lester y Carlos. Una llamarada acababa de envolver a la astronave terrestre haciéndola saltar por los aires. Dándose cuenta de lo que se proponían Lester y Carlos, los «balucks» anulaban el intento de escapatoria destruyendo el único recurso para ello.

Preso de la desesperación, Carlos sacó una granada y la arrojó al grupo enemigo más cercano. Antes de que tocara el suelo, Lester lanzó la última suya. Las dos explosiones se sucedieron casi seguidas.

Cuando se levantaron, los dos jóvenes contemplaron con salvaje satisfacción los aniquiladores efectos de las bombas. Era materialmente imposible calcular el número de víctimas causadas.

—¡No volveremos a la Tierra pero dejaremos un buen recuerdo de nosotros!—exclamó Lester viendo como el enemigo se retiraba cautelosamente—. ¿Te queda todavía una granada?

—Sí—contestó Carlos. Una horrible sonrisa crispaba sus facciones

—. Y una buena cantidad de municiones. Esperaremos que vuelvan a la carga.

—¿Y después?—el pensamiento de Lester se hallaba fijo en Eva y el profesor Freeman.

—La última bala será, nuestra solución. ¿Crees que la radioactividad hará mella en ellos?

—No tengo la menor idea—repuso Lester—. Pero es lo mismo, de todos modos. Estamos condenados a no salir jamás de aquí.

—¡Malditos sean!—preso de una rabia incontrolable, el español asestó un puntapié a la arena.

—¡Cuidado! Ya vuelven...

—¡Allá va la última!—Carlos dejó lista la granada y se dispuso a lanzarla. La indecisión le detuvo en el último instante.

—Este es el ataque definitivo—dijo Lester—. Espera que se acerquen más.

Lester dio un manotazo a su amigo.

—¡Fíjate como caen!—advirtió en el colmo del asombro—. ¡Están sufriendo los efectos de la radioactividad!

—¡Menguado consuelo!—replicó Carlos—. ¡Por cada uno que muere avanzan diez!

—¡Tira la granada ya! ¡A la derecha!...

Carlos obedeció calculando la distancia. Esta vez el mortífero artefacto cayó sobre el grupo más numeroso. Pasados los efectos de la explosión, Lester abrió fuego de ametralladora contra otra avalancha que se les venía encima por el flanco izquierdo.

Los atacantes iniciaron nuevamente la retirada abandonando la explanada.

—Unos segundos más de vida—dijo Lester. Fue a secarse el sudor de la frente pero su mano tropezó con el plástico del yelmo protector —. Es una suerte para nosotros que no posean armas de larga distancia. Su poder destructivo se concreta únicamente al combate cuerpo a cuerpo.

—Sólo tenemos una ventaja a nuestro favor —declaró Carlos—. Ellos ignoran cuántas bombas poseemos. Si supieran que se nos han acabado...

—Lo sabrán en cuanto vuelvan a atacar—replicó Lester—. Pero dudo que lo hagan en bastante tiempo. Ahora no pueden luchar contra la radiactividad. Su huida estriba en eso.

Era completamente cierto. La retirada había tomado un carácter de pánico colectivo. Eran escasos los puntos luminosos que se

distinguían en la lejanía.

—Si pudiésemos regresar al palacio de Assur Imac...—en el acento de Lester había nostalgia—, ¿Qué les habrá pasado a ellos?

—Me duele pensarlo siquiera—repuso Carlos—. Bonita situación la nuestra. Condenados a muerte sin la más remota esperanza de salvación. ¿Viste cómo saltaba la astronave?

—No quiero recordarlo. Supongo deberemos informar a la Tierra. Alguna cadena de periódicos se hinchará con esta serie de reportajes sensacionales.

De pronto, el rostro de Carlos adquirió una expresión embobada. Sus labios comenzaron a moverse pero ningún sonido salió del minúsculo altavoz del yelmo. Los ojos le bailaron en las cuencas.

Lester le agarró del brazo inquiriéndole qué le sucedía.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué diablos te pasa?

La respuesta de Carlos fue un frenético bailoteo acompañado de exclamaciones ininteligibles. Sus saltos y cabriolas hacíanle parecer un simio que súbitamente hubiera perdido la razón.

Presa del mayor estupor, Lester le sujetó con firmeza.

—¡Llegarás a enfurecerme!—gritóle fuera de sí—. ¡Quieres calmarte de una vez...!

Carlos forcejeó hasta conseguir liberar una de sus brazos y lo levantó señalando a espaldas de su amigo.

-—¡Allí!...—consiguió balbucir—. ¡La... la astronave de Assur Imac!

Lester se giró con la rapidez de una centella. Jamás hasta aquel instante supo lo que era desvariar de júbilo. Sus muestras de alegría y regocijo superaron en excentricidad a las del español. Los dos jóvenes se fundieron en un abrazo interminable.

Calmado el inicial frenesí, volvieron sus miradas hacia la gigantesca esfera azul, que, en majestuoso deslizar, se aproximaba a ellos. Volaba a una altura aproximada de cincuenta yardas y ningún sonido se desprendía de ella.

Descendió lentamente hasta que, por fin, se detuvo sin la menor oscilación. Casi al ras del suelo se abrió una escotilla circular. En el hueco se recortó la esbelta figura de Eva Lacroix.

Lester y Carlos iniciaron la más desenfrenada carrera que imaginarse se pueda. Segundos más tarde sus cuerpos desaparecían por la escotilla.

La astronave se remontó nuevamente.

EPÍLOGO

Dentro de cinco horas aterrizaremos en Cabo Cañaveral—anunció Cash Freeman—. Ha sido una buena sorpresa ¿no?

Lester suspendió el acto de llevarse el cigarrillo a los labios. Su mano temblaba todavía por la emoción.

—-Es posible que durante mucho tiempo crea que todo ha sido una pesadilla—declaró sin apartar la mirada de Eva—. Solamente las fotografías que tomaste me convencerán de lo contrario.

—Hay que pensar en un milagro—repitió por enésima vez Carlos Martín—. Hubo un momento en que nuestras vidas no valían un centavo.

—¿Cómo se les ocurrió la idea de ir a buscarnos ?-—inquirió Lester.

—Fue cosa de la señorita Lacroix—replicó Freeman sonriendo—. Es cierto que la intuición de la mujer no suele fallar jamás. En lo peor del asedio, cuando ya el enemigo estaba a punto de franquear las murallas del palacio, nuestra joven amiga sugirió a Assur Imac que si la central magnética era destruida por ustedes quedaría libre del control la astronave y por tanto podríamos escapar yendo a reunirnos con la «Victory». Aquella fue la inspiración salvadora. En efecto, Assur Imac comprobó que todos los mandos de la astronave funcionaban perfectamente. Él era el único de su raza que conocía el manejo de la misma y, naturalmente, se ofreció a pilotarla. Es sencilla la explicación ¿verdad?

-—¿Cuántos individuos viajan aquí aparte de nosotros?—interrogó Carlos Martín.

Han conseguido salvarse cerca de trescientos. Se hallan ahora en

los compartimientos superiores pues han tenido la deferencia de dejarnos éste para nosotros solos. Algunos están ilusionados con la idea de ir a la Tierra; otros lamentan la pérdida de sus hogares y temen no encontrar una hospitalidad adecuada.

—¿Y Assur Imac?—quiso saber Lester.

—Arde en deseos de visitar nuestras ciudades y conocer a la gente de allí. Si pudieran verle, sentado a los mandos, se darían cuenta de su gozo incontenible. Parece un chiquillo al que le han comprado un juguete de fantasía.

—Quizá más tarde sienta la añoranza de volver—dijo Eva—. Estoy segura de que ocurrirá así.

—Regresarán—aseveró Freeman con absoluta convicción—. Es de suponer que, puesto que los «balucks» constituyen una mortal amenaza para la Tierra, nuestros gobiernos adoptarán conjuntamente la serie de medidas que convenga para su pacificación... o exterminación. Y, entonces, Assur Imac y los suyos volverán libremente a su mundo.

Se estableció una pausa entre los circunstantes. De momento ya estaba todo dicho. Los corazones, oprimidas por la alegría, invitaban más bien a la reflexión que al cambio de frases. Era aquella una de las ocasiones en que las miradas revelaban la emoción y los sentimientos que cada uno sentían.

Eva sonrió a Lester amorosamente.

—Dentro de cinco horas...—murmuró sin abrir apenas los labios.

—Si no tienen inconveniente puedo ser yo el padrino—dijo Carlos Martín con seráfica expresión—. Es lo menos que me debe tocar en el reparto.

Rieron todos por primera vez desde que salieran de la Tierra.

* * *

Esta podría ser la historia de cinco hombres y una mujer que, impulsados por distintos móviles, marcaron con su heroísmo el acontecimiento más importante que la Humanidad conociera desde su visita al mundo del Supremo Creador. Dos de aquellos hombres pagaron con sus vidas la hazaña. Noel Simons no hizo más que cambiar la moneda; su cinismo y crueldad de delincuente hallaron el implacable castigo de la Providencia. Bill Hawkins, fracasado en todos los aspectos de su vida, se jugó la riqueza a una sola carta... y perdió.

FIN

INDICE

Un enigma que parecía no tener solución.

LA AMENAZA DE ANDRÓMEDA

El misterio más hermético y tenebroso cerníase sobre el Sistema Solar: la amenaza de la gran constelación de Andrómeda.

¿Qué significaba aquella amenaza que durante siglos había llenado de angustia el corazón de todos los hombres?

¿Quién era el misterioso prisionero y qué secreto encerraba?

ROBIN CAROL

el novelista, cuya pluma nos ha deleitado en otras ocasiones, plantea el enigma cósmico más atractivo de todos los tiempos en su original creación

LA AMENAZA DE ANDRÓMEDA

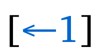
ameno, científico, sugestivo relato que presenta en el próximo número esta

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Notes



Pantano de las Brumas